

La Pluma

AÑO III

NÚM. 20

RAMON PEREZ DE AYALÁ: Apostillas y divagaciones.—**MANUEL AZAÑA:** El jardín de los frailes.—**ALONSO QUESADA:** Igualmente (poesía).—**RAMON GOMEZ DE LA SERNA:** El novelista.—**PAUL COLIN:** Letras belgas.—**JULES BERTAUT:** Letras francesas.—**LIBROS:** Luis y Agustín Millares: Compañerito.—Luis Araquistain: Las columnas de Hércules.—**Enrique Díez-Canedo:** Conversaciones literarias.—**Alberto Insúa:** Un corazón burlado.—**M. Gutiérrez Nájera:** Sus mejores poesías.—**Revistas.**

MADRID

ENERO

1 9 2 2

COLECCIÓN UNIVERSAL

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

Pesetas.

OCTUBRE 1921

STUART MILL: <i>Autobiografía</i> . Traducción del inglés por Juan Uña. (Núm. 526-28).....	1,50
J. SANDEAU: <i>El Doctor Herbeau</i> , Traducción del francés por J. de la Muela. (Núm. 522-25).....	2,00
ANDREIEV: <i>El misterio y otros cuentos</i> . Traducción del ruso por N. Tasin (Núm. 529-30).....	1,00
BALZAC: <i>El cura de Tours</i> . Traducción del francés por Félix Lorenzo. (Núm. 521).....	0,50

NOVIEMBRE 1921

ERCKEMANN-CHATRIAN: <i>La invasión o el loco Yegof</i> . Traducción del francés por J. Alvarez Pastor. (Núm. 535-37).....	1,50
G. FLAUBERT: <i>La educación sentimental</i> . Traducción del francés por P. Vances. Tomo I. (Núm. 538-40).....	1,50
M. SIBIRIAK: <i>Los millones</i> . Traducción del ruso por N. Tasin. (Núm. 332-34).....	1,00
MARIVAUX: <i>El juego del amor y del asar</i> . Traducción del francés por P. Morante. (Número 531).....	0,50

DICIEMBRE 1921

CERVANTES.—Comedias: <i>Los baños de Argel y El rufián dichoso</i> . Tomo III. (Núm. 545-47).....	1,50
G. FLAUBERT: <i>La educación sentimental</i> . Traducción del francés por P. Vances. Tomo II. (Núm. 541-44).....	2,00
BALZAC: <i>Azucena en el valle</i> . Traducción del francés por M. A. Bedoya. Tomo I. (Núm. 549-50).....	1,00
AVERCHENKO: <i>Cuentos</i> . Traducción del ruso por N. Tasin. Tomo II. (Núm. 548).....	0,50

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS, EN LOS PUESTOS DEL METROPOLITANO Y EN

SAN MATEO, 13.

CALPE

MADRID

R - 2436

~~49~~
3/3 50

La Pluma

VOLUMEN CUARTO



MADRID

1 9 2 2

*«La pluma es la que asegura castillos, coronas, reyes
y la que sustenta leyes.»*

IMPRESA ARTÍSTICA DE SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. MADRID. TELÉFONO 17-65 J.

ÍNDICE DEL VOLUMEN IV

1922

ENERO A JUNIO

Páginas.

NÚMERO 20 (ENERO)

Ramón Pérez de Ayala: Apostillas y divagaciones: Nietzsche....	1
Manuel Azaña: El jardín de los frailes.....	19
Alonso Quesada: Igualmente.....	33
Ramón Gómez de la Serna: El novelista.....	35
Paul Colin: Letras belgas.....	49
Jules Bertaut: Letras francesas.....	54
Libros: Luis y Agustín Millares: <i>Compañerito</i> .—Luis Araquistain: <i>Las columnas de Hércules</i> .—Enrique Díez Canedo: <i>Conversaciones literarias</i> .—Alberto Insúa: <i>Un corazón burlado</i> .—M. Gutiérrez Nájera: <i>Sus mejores poemas</i> .—Revistas.....	59

NÚMERO 21 (FEBRERO)

Ramón Pérez de Ayala: Apostillas y divagaciones: Nietzsche....	65
A. Hernández Catá: Ascensión.....	78

III

LA PLUMA

	<u>Páginas</u>
Juan José Domenchina: La corporeidad de lo abstracto.....	86
Ramón Gómez de la Serna: El novelista.....	89
Paul Colin: Letras alemanas.....	98
Mario Puccini: Letras italianas.....	107
Un crítico incipiente: Teatros.....	118
Libros: Eugène Montfort: <i>La Niña Bonita o el amor a los cuarenta años</i> .—Alfred Storch: <i>August Strindberg</i> .—Roberto Levillier: <i>La tienda de los espejos</i> .—Miguel Salvador y Carreras: <i>La Orquesia en Madrid</i> .—Revistas.....	122

NÚMERO 22 (MARZO)

Manuel Azaña: El jardín de los frailes.....	129
Francisco A. de Icaza: Poesías.....	136
R. Sánchez Díaz: Un cuento en la oficina.....	138
Mario Puccini: El hombre del sombrero gris.....	142
R. Meza Fuentes: Poesía.....	151
Ramón Gómez de la Serna: El novelista.....	152
Cardenio: Objeciones.....	163
El paseante en Corte... Castillo famoso.....	170
Jules Bertaut: Letras francesas.....	173
Alfredo Pimenta: Letras portuguesas.....	178
Un crítico incipiente: Teatros.....	180
Libros: Eduardo Marquina: <i>El destino cruel</i> .—Ramón Gómez de Serna: <i>La viuda blanca y negra. Disparates</i> .—Carlos Reyles: <i>El embrujo de Sevilla</i> .—José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Las cien mejores poesías cubanas</i> .—Artemio de Valle Arizpe: <i>Vidas milagrosas</i> .— <i>Ejemplo</i> .—Paul Neuhugs: <i>Poètes d'aujourd'hui</i> .—Louis Léon-Martin: <i>Tuvache ou la Tragédie pastorale</i>	186

NÚMERO 23 (ABRIL)

Ramón Pérez de Ayala: Los autores.....	193
Ernesto López Parra: Poema de la sensualidad pueril.....	213
Manuel Azaña: El jardín de los frailes.....	217
Ramón Gómez de la Serna: El novelista.....	224
Cardenio: Objeciones.....	233
José M. Sacristán: La doctrina de Freud en los pueblos latinos..	238
Paul Colin: Letras alemanas....	224
Libros: Francisco A. de Icaza: <i>Canciones de la vida honda y de la emoción fugitiva</i> .—A. Hernández Catá: <i>Una mala mujer</i> .—Vicente Pereda: <i>La hidalga fea</i> .—Joseph Conrad: <i>En marges des marées</i> .—Alfredo Pimenta: <i>O livro das chimeras</i> .—Revistas.....	249

NÚMERO 24 (MAYO)

Manuel Azaña: El jardín de los frailes.....	257
Ramón Gómez de la Serna: El novelista.....	264
Jorge Guillén: Encarnaciones.....	270
Salvador de Madariaga: Paralelos angloespañoles.....	273
Paul Colin: Letras belgas.....	298
Douglas Goldring: Letras inglesas.....	302
Alfredo Pimenta: Letras portuguesas.....	305
Libros: Mario Puccini: <i>Racconti cupi</i> .—Ramón Gómez de la Serna. <i>El Gran Hotel</i> .—Gerardo Diego: <i>Imagen</i> .—Alfonso Reyes: <i>Simpatías y diferencias</i> .—Alberto Insúa: <i>Maravilla y La Hiel</i> .—Ramón Segura de la Garmilla: <i>Poetas españoles del siglo XX</i> .—Jules Supervielle: <i>Débarcadères</i> .—Colette: <i>Chéri</i> ..	309
Revistas.....	315
Academias: Jules Romains; J. Ortega y Gasset.....	317
Necrología.....	319

NÚMERO 25 (JUNIO)

Manuel Azaña: El jardín de los frailes.....	321
C. de Rivas Cherif: Cifra de Primavera.....	332
Ricardo Baroja: La Exposición Nacional de Bellas Artes.....	336
Fray Antonio de Guevara: Los príncipes y los sabios.....	341
Ramón Gómez de la Serna: El novelista.....	344
Félix Delgado: Canciones breves.....	360
Fernando González: Poesías.....	361
Jules Bertaut: Letras francesas.....	362
Paul Colin: Letras alemanas.....	367
Libros: Ramón del Valle-Inclán: <i>La Reina Castiza</i> .—Carmen de Burgos (Colombine): <i>Los anticuarios</i> .—Luis Fernández Ardavin: <i>La eterna inquietud</i> .—G. K. Chesterton: <i>El hombre que fué jueves</i> .—Adolfo Salazar: <i>Andrómeda</i> .—Juan José Domenchina: <i>Poesías escogidas</i> .—Nicolás Beauduin: <i>L' Homme cosmogonique</i> .—J. Francos Rodríguez: <i>Los días de la Regencia</i>	371
Revistas.....	378
Academias: Gonzalo R. Lafora: Ensayo de interpretación psicológica del cubismo.....	381
Gacetilla.....	382

La Prensa

2000

VIENEZUELA, DOMINGO 19 DE

NOVIEMBRE 2000

COMUNIDAD DE UN MUNDO MEJOR

UN MUNDO MEJOR EN UN MUNDO MEJOR

El mundo es un lugar maravilloso, pero solo si lo miramos con los ojos adecuados. De eso se trata este número de la revista "Un Mundo Mejor". En él, los autores nos muestran algunas de las formas más creativas y efectivas de mejorar el mundo. Desde la educación hasta la tecnología, desde el arte hasta la ciencia, hay muchas maneras de hacer que el mundo sea un lugar mejor. Este número es una guía para quienes quieren hacer una diferencia.

El mundo es un lugar maravilloso, pero solo si lo miramos con los ojos adecuados. De eso se trata este número de la revista "Un Mundo Mejor". En él, los autores nos muestran algunas de las formas más creativas y efectivas de mejorar el mundo. Desde la educación hasta la tecnología, desde el arte hasta la ciencia, hay muchas maneras de hacer que el mundo sea un lugar mejor. Este número es una guía para quienes quieren hacer una diferencia.

La Pluma

AÑO III.

MADRID, ENERO 1922

NÚM. 20.

APOSTILLAS Y DIVAGACIONES (I)

BELLUM OMNIUM IN OMNES



CIERTA vez, en la Engadina, una dama inglesa, delicada de salud, dijo a Nietzsche: «Tengo entendido, mister Nietzsche, que es usted escritor. Me gustaría leer algunos de sus libros.» Y Nietzsche, que sabía que la dama era muy católica, respondió con dulzura: «No quiero que usted lea mis libros. Si lo que yo escribo es verdad, una mujer enfermiza como usted no tiene derecho a vivir.»

Si algunas de las cosas que Nietzsche escribió fueran verdad, un hombre enfermizo como él no tenía derecho a vivir. El señor Icaza, en su encantador librito «Nietzsche, Poeta», interroga y luego satisface la interrogación: «¿Qué habría sido de él, desde su mocedad enfermiza, hasta su desesperada agonía, si las virtudes que imaginaba debilidades cristianas no se hubieran ejercitado en su consuelo y auxilio? Según sus teorías no tuvo derecho a la vida; enfermo crónico, enajenado, furioso a veces, no

(1) Véase LA PLUMA de diciembre de 1921.

LA PLUMA

debió perturbar con sus dolores la existencia tranquila y fuerte de los sanos.»

Ciertamente; pero que Nietzsche, según sus propios principios, no tuviera derecho a la vida no quiere decir que estos principios sean falsos. Este principio de que, en justicia, los incapaces para la vida no deben vivir es tan viejo, cuando menos, como el viejo Platón, que en su República ideal quería que por el bien común los recién nacidos fuesen cribados y escogidos, no de otra suerte que el buen labrador separa la simiente más limpia para la sembradura venidera, y, que se matasen los deficientes o deformes. Esto es lo acostumbrado entre agricultores y ganaderos. Pero las mismas prácticas sobre la especie humana nos parecerían crueles y monstruosas. Sin embargo, desde Platón hasta Nietzsche no ha faltado quien replique que lo cruel y monstruoso es condenar a la infelicidad y al dolor a un ser humano degenerado o débil y a su descendencia, consintiéndole que viva y se propague. Algunos legisladores contemporáneos, temerosos de estos dos extremos de crueldad, han optado por una solución ecléctica; la prohibición de las licencias matrimoniales entre individuos aquejados de ciertos morbos hereditarios. El problema, rigurosamente expresado, se reduce a estos términos: hasta qué punto y en qué medida deben aplicarse en la política, la sociología y la ética los postulados de la biología. O lo que es lo mismo: la política la sociología y la ética ¿no son otra cosa que transcripciones específicas de la biología? ¿Cuál fué la posición de Nietzsche en este problema?

Con Lamarck, Nietzsche creía en la adaptación al medio y en la herencia de los caracteres adquiridos. Como Spencer, fundamentó su ética en la biología e insistió en la eliminación de los inaptos y flojos. (Comentemos al paso. Si la selección natural, o sea que mediante la lucha por la existencia el inapto y el flojo son eliminados automáticamente; si la selección natural es un fenómeno biológico inconcuso, entonces huelga introducir en la ética, como dictado primordial, el deber de eliminar a los inaptos y flojos, puesto que ellos por sí mismos desaparecerán. Y si no desaparecen por sí mismos, sino que es menester estatuir un sistema político especial para eliminarlos, esta condición demuestra que en la po-

lítica, la sociología y la ética no rigen espontánea y necesariamente ciertas leyes biológicas; o bien, ciertas interpretaciones que se reputan leyes biológicas son falsas leyes). De los biólogos Schmidt y Noegeli tomó la idea del mimetismo para la moral: «así como muchos animales, a fin de disimularse de los enemigos, asumen el color del medio, así el hombre, por miedo, adopta las opiniones morales de la muchedumbre». (Explicación ingeniosa y sagaz, a modo de metáfora. Pero, cuando se quiere introducir en las ciencias morales el método de las ciencias naturales, el empleo de la metáfora, o es solo literatura y nada demuestra, o demuestra que las ciencias morales y las naturales son irreductibles entre sí).

Bajo la sugestión de Emerson y de los biólogos Schneider y Rolph, comenzó a sustraer importancia a la influencia del medio y llegó a considerar como factor supremo en la evolución «el deseo de poderío», o innato impulso al crecimiento, a expandirse, a ocupar más espacio, a dominear y apropiarse el contrario. Distinguió entre *amos y esclavos*, según la diferente cantidad de energía en los diferentes hombres; y consecuentemente, entre la moral fuerte, creadora y ascendente de los primeros y la moral defensiva, egoísta, rebajadora de los segundos. El primer mandamiento de la moral de los fuertes: «vivid con riesgo», porque el riesgo acrece la energía. Finalidad de la moral de los esclavos: «vivir seguros». De aquí que la piedad es la virtud matriz de la moral de los esclavos; la piedad, el ácido de la energía.

En el terreno ético-biológico, tan brumoso y movedizo, la originalidad de Nietzsche (originalidad relativa, puesto que hallamos en Rolph su génesis) estriba en señalar la lucha por la abundancia y la prosperidad como el principio evolutivo primario; los seres no luchan por el mero existir sino por el poseer y dominar. En este punto concreto, Nietzsche se enfrenta con Darwin y Malthus; pero coincide con Darwin en reconocer la lucha y la guerra como permanentes necesidades biológicas y permanentes necesidades sociales. Las diferentes partes de nuestro cuerpo—según Nietzsche—nuestros diversos pensamientos y sentimientos, los miembros de la misma especie, y las diferentes especies, todos luchan y guerrean entre sí; todos luchan contra todo. ¡*Voilà!* Hemos caído nue-

LA PLUMA

vamente en la pura metáfora, en la literatura. Si nos obstinamos en tratar la sociología como una ciencia natural, es menester que usemos de severidad y exactitud científicas. Si yo juego al ajedrez con Tacio, claro que lucho con él, y aun libro una batalla, quizás por necesidad biológica y sociológica, como quiere Nietzsche, Pero claro, asimismo, que esta lucha nuestra no es, en estricto rigor científico, de la misma naturaleza que la de dos bisontes en celo, o la de dos perros por un hueso, o la de franceses contra alemanes, o la del rojo con el azul, o la de un sostenido con un bemol, o la de la tierra y la luna, todos los cuales luchan a su modo, se oponen, se contrastan. Admitir, sin más, la homogeneidad entre estos diferentes hechos, dado su parecido aparente, y sentar, con pretensiones científicas, una ley común, valdría tanto como declarar ave al murciélago, por que vuela, y pez a la ballena por que nada. Literariamente, metafóricamente, no es un disparate llamar ave al murciélago y pez a la ballena; científicamente es solemne disparate. ¿Pretendéis que la lucha universal es una ley científica? Entonces retraigamos el honor de su descubrimiento al vulgo antiguo. El proverbio romano reza: *Bellum omnium in omnes*, guerra de todos contra todos. Sólo que este proverbio encierra un sentido moral, que no literal. ¿Que en efecto una partida de ajedrez y la batalla de la Marne son hechos homogéneos y demuestran la necesidad biológica de la lucha? Entonces, si esta necesidad se consuma lo mismo con entrambos hechos, no hay para qué las luchas cruentas, y es suficiente, científicamente, que las guerras entre pueblos se resuelvan con una partida de ajedrez.

Es simplemente absurdo identificar un *match* de boxeo con la dulce incertidumbre del ánimo entre dos sentimientos. Que en el corazón del hombre se pueden desatar luchas congojosas, evidente; pero esto no acusa la necesidad biológica de los conflictos sentimentales de carácter trágico. Y aun cuando existiese esta necesidad, existe también en el hombre una parte superbiológica, cuya misión se cifra en corregir y beneficiar las necesidades biológicas. El divino y omnividente Platón no alcanzó a ver la guerra como determinismo universal; antes al contrario. En sus «Leyes», pronúnciase contra la guerra entre estados, exponiendo la si-

guiente ilación dialéctica: «si admitiésemos la guerra entre estados la tendríamos que admitir entre ciudad y ciudad, y luego entre familia y familia, entre individuo e individuo, y por último, dentro del pecho del individuo. Por ende, si la guerra y la conquista no forman el fin supremo del estado, no debe otorgársele a la bravura militar el puesto más alto en la jerarquía de las virtudes humanas.» Nietzsche vuelto del revés.

El peligro de las metáforas es que cada cual las aprovecha a su guisa. La biología poética y metafórica de Nietzsche ha servido para que se le presentase como apóstol del imperialismo germánico y poco menos que único responsable de la última guerra. Esto es caprichoso y ridículo. Oigamos a un autor francés de fuste: «*Nietzsche pleurait sur la folie d'une Europe qui versait à flots le sang européen, comme les grecs versaient à flots le sang grec, sacrifiant presque toujours les hommes de la culture la plus haute. Il savait la responsabilité allemande dans le danger permanent qui, par la militarisation généralisée de l'Europe, pesait sur l'humanité; et la provocante devise de L'Allemagne an-dessus de tout, il l'avait déclarée: le mot de ralliement le plus dénué de sens qu'il y ait jamais eu au monde.*» («Nietzsche, sa vie et sa pensée», por Ch. Andler. Cinco volúmenes. En vía de publicación.)

Cerraremos estos someros comentarios con dos observaciones.

Cave biologiam.—¡Cuidado con la biología! Lo menos malo que os puede ocurrir por la aplicación desmesurada de la biología es caer en ridículo. En cuanto el hombre pertenece a la zoología, como ejemplar, miembro o *individuum* de una especie, ni más ni menos que otros animales, en este aspecto el hombre es objeto de la biología, como lo entendió Platón al exigir del estado el escrúpulo biológico en la mejora y hermo-seamiento de la raza. Pero, en cuanto el hombre es individuo (*individuum*; no ya una pequeña división de un gran grupo, sino una unidad indivisible), en lo moral, en lo religioso, en lo político, en lo estético, el hombre es superbiológico y se rige por complejas leyes racionales y sentimentales, desconocidas en el resto de la Naturaleza, donde imperan leyes físicas simples.

Dura lex, ficta lex.—«Sólo los locos y los canallas se resignarán a vi-

vir en un mundo darwiniano», exclama Bernard Shaw en su reciente libro «Metabiological Pentateuch». Pero es que la dura ley de la guerra universal no es ley biológica; es una ficción. Las últimas observaciones de la ciencia natural muestran que la Naturaleza no es competitiva, sino cooperativa. (Recomiendo al lector un admirable libro que acaba de aparecer: «Mountain and Moorland», del gran naturalista Arthur Thomson.)

Es curioso que la Naturaleza, a la cual imaginamos inagotable en la creación de formas innúmeras y disparejas, apenas si dispone de unos pocos esquemas sintéticos que se ajustan a todas las series paralelas de criaturas; esquemas susceptibles de representación en una fórmula matemática. No deja de ser pasmoso que las novísimas investigaciones sobre la constitución de la materia, al descomponer el átomo en electrones, hayan hallado que la partícula mínima de materia reproduce exactamente el esquema de un sistema planetario sideral, con un a manera de sol céntrico, positivo, y varios al modo de planetas negativos que en torno suyo giran. Y un sistema planetario no cabe que sirva de símbolo de la disonancia y la lucha, sino de la armonía y el equilibrio.

LA ATMÓSFERA DE NIETZSCHE

El símbolo.—La hipótesis.—La metáfora.—Nietzsche dilató los horizontes nebulosos del alma humana erigiendo el símbolo formidable del Superhombre más lejos de la última linde de la inteligencia, allí donde sólo llega la fe voluntariosa, después de haber quedado sin alientos en el camino la blanda caridad y la dulce esperanza.

Querer, sin suavidad ni esperanza egoístas, querer, por amor a un símbolo, esto es, por amor a una realidad venidera que no será nuestra realidad; he aquí el mensaje, he aquí la dádiva filantrópica de Nietzsche. No en agasajos de bienes de fortuna ni en buenas obras para con el prójimo se cifra la filantropía, sino en multiplicar el área del alma humana,

creando un más allá, un hito remoto, un nuevo símbolo de la fe, que exija formas inéditas de la voluntad, heroismos insospechados, fortaleza inaudita ante las verdades terribles que orillan y jalonan la ruta hacia aquel distante término.

Claro que de los símbolos se hace con frecuencia mal uso. No importa. Nietzsche ha infestado el mundo con una plaga de superhombres diminutivos. No ha sido suya la culpa. Con proclamar como único principio vital la ansiedad de dominio o impulso a ocupar más espacio, con fingirse immoralista, duro, despiadado, agresivo, anticristiano, y, ultimamente, con trastocar los valores habituales, haciendo de lo bueno malo y de lo malo bueno, al modo como se vuelve del revés un calcetín, cádate un individuo vulgar, cuando no inferior, creyendo, muy convencido, ser un superhombre.

Ya hemos indicado, en el ensayo anterior, que científicamente la ansiedad de dominio no puede aceptarse como principio vital, ni la lucha universal y permanente como necesidad biológica. Estas dos expresiones no deben entenderse sino en sentido metafórico, literario, moral. (Pascal y la Rochefoucauld—que influyeron notoriamente sobre Nietzsche—habían ya dicho que el pecado original del hombre, su instinto profundo, era la pasión de dominar, *libído dominandi*. Trátase en ellos de una simple observación ética, sin ambiciones de universalidad científica). La ciencia moderna nos muestra que la naturaleza es una sociedad cooperativa, y no coso de riza y polémica. Ansiedad de dominio y guerra obligada, en cuanto expresiones metafóricas, extienden su penumbra sugestiva sobre un ancho hato de fenómenos diversos, y aún contradictorios, que sumidos en esa niebla literaria o atmósfera maternal parecen semejantes. La expresión metafórica, cuya esencia reside en la aptitud para confundir en una muchas cosas, no nos da un conocimiento pero sí una emoción de la realidad; no explica la realidad pero la anima y sensibiliza. Por muy convencido que yo esté de que un árbol crece en virtud del principio vital que le empuja a querer ocupar más espacio, continuo sin penetrar el misterio biológico de su crecimiento, si bien al imaginar al árbol así como poseído de una oscura ansiedad de grandeza y altane-

LA PLUMA

ría se transforma para mí en un personaje patético. Por eso hay que guardarse mucho de involucrar y envolver esas dos musas incompatibles: la metáfora y la ciencia.

Pero, entre la ciencia y el símbolo existe más que la mutua simpatía; es el connubio cabal y consorcio inseparable. La ciencia no acierta a valerse por sí, y en todo caso cede su representación y la palabra al símbolo. Símbolos son el punto matemático, la línea, el polígono, la esfera, y todas las figuras de la geometría; símbolos son las connotaciones del álgebra; símbolos las fórmulas y diagramas de la física y de la química; símbolos los tipos absolutos de las ciencias naturales; símbolos los esquemas e ideas de las ciencias morales y políticas; símbolos los conceptos y entelequias de las ciencias filosóficas.

La metáfora relaciona y confunde cosas heterogéneas, dándoles una similitud sentimental. El símbolo, por el contrario, no es un modo de ver y sentir realidades múltiples sino que es en sí mismo una realidad de orden ideal, hacia donde se afana, como a su beatitud o realización consumada, la realidad contingente. Cada símbolo de por sí es el vértice de un grupo de realidades fraternas. Por eso, el símbolo lejos de confundir las cosas, como hace la metáfora, las personaliza y depura. En este aspecto, en cuanto encarnación individualizada de una realidad ideal, el símbolo es cónyuge del arte, que le es amorosísima. Ya hemos hecho bigamo al símbolo; y es que lo mismo en el Olimpo de los dioses helénicos que en el Helicón de las normas ideales—y no otra cosa eran los dioses sino incorporación plástica de estas normas—no rigen los dictados éticos y jurídicos de nuestras sociedades rudimentarias. El arte, criatura de temperamento sensual, está siempre abrazado con el símbolo. Hasta el arte más afecta a reproducir lo concreto y distinto—el naturalismo, el impresionismo—está impedida de manifestarse si no es a través del símbolo, y en cada creación individualizada asume trascendencia universal. Por muy fiel y escrupuloso que sea el arte en la copia de las cosas materiales, sensibles e históricas, el producto de su esfuerzo, así que está concluso y nace a la vida, ya no pertenece al fuero de la realidad contingente si no de la realidad ideal, es un símbolo. He aquí, en

suma, el doble postulado del símbolo; la no existencia real y la pura existencia como ideal.

Del connubio del símbolo y la ciencia no se engendran por fuerza símbolos. A veces el fruto es la hipótesis. La hipótesis está entre la metáfora y el símbolo. Tiene algo de metáfora, puesto que confunde cosas heterogéneas; pero las confunde a sabiendas y con finalidad, por mejor explicarlas que no por sentirlas más intensamente. Está la hipótesis por encima de la metáfora, puesto que tiene algo de ciencia y algo de símbolo; de ciencia, en cuanto se propone conocer la realidad contingente; de símbolo, en cuanto persigue este conocimiento por referencia a una realidad ideal. Pero, ciencia y símbolo, en la hipótesis, son conscientemente provisorios, instrumentales, pragmáticos, itinerantes, como la vela y el remo que cesan en su ministerio cuando, por ejemplo, la barca se convierte en lancha motora. La gravitación universal, la conservación de la energía, la evolución; todas tres son hipótesis. Pero, la ansiedad de poderío como único principio vital y la fatalidad y permanencia de la guerra cósmica son metáforas nada más. Ni explican la realidad, a no ser para un entendimiento deleitante y poco exigente, ni han cumplido una misión itinerante y práctica en el periplo de la ciencia. Si Nietzsche no hubiera dejado de su genio especulativo otras prendas que aquellas dos metáforas, no pasaría a la historia de la cultura sino como un escritor perspicaz, ingenioso, original y sobremanera brillante. Pero Nietzsche ha sido además uno de los pocos hombres del Sinaí y del Tabor; ha formulado una nueva ley y ha creado un nuevo símbolo. Y no un símbolo científico o un símbolo estético, sino un símbolo de la fe; un símbolo que, además de poseer la eficacia de la ciencia y la belleza del arte requiere con remoto e irresistible llamamiento ideal todos los sentidos y potencias del hombre; las fuerzas superabundantes y sombrías de su animalidad, sus instintos sociales y éticos, sus inquietudes religiosas. Como todo símbolo pleno ha conquistado para los territorios del alma humana vastas provincias de promisión, un reino venidero y magnífico, cierto aunque todavía no logrado, al cual se ha de llegar mediante los más severos sacrificios y actos de braveza.

Ciertos nietzscheanos y superhombres se nos presentan, sin darse cuenta, como refutación del símbolo del Superhombre, por que, siendo postulado de los símbolos la no existencia actual, si los superhombres andan tan baratos, el Superhombre perdería su categoría de símbolo.

¿Qué es, qué vale, definitivamente, el símbolo del Superhombre?

El apelativo.—En la evolución ascendente de los seres orgánicos, el escalón penúltimo es el antropeide, o criatura semejante al hombre; el último, hasta ahora, es el ántropos, o sea el hombre. El ser intermedio y crepuscular, semimono y semihombre, que señala el tránsito entre lo irracional y lo racional, no está todavía fijado científicamente, como no está determinada ninguna especie medianera o inmediatamente previa a las especies existentes. Algunos descubrimientos paleontológicos de ciertos huesecillos fragmentarios se ha querido que sirviesen para fantasear varios tipos de postmono o prehombre. Pero, a la postre, estos tipos siempre han resultado o un mono de veras o un hombre del todo. La fijación de esa especie simiohumana es uno de los problemas de la ciencia. Con el paso de una especie a otra ocurre algo semejante como con las puertas. Una puerta no puede estar sino cerrada o abierta; lo que se llama vulgarmente una puerta entreabierta es simplemente una puerta abierta. Las especies las vemos diversificadas y finales cada una de ellas en sí misma. La mutación sucesiva entre una y otra se ha verificado en el misterio, sin dejar testimonio ni vestigio. En esta diferenciación, acusada e inmóvil, de las especies (pues por mucho que nos ingeniemos no cabe transformar la raza asnal en raza equina), caracterización constante que parece obedecer a un designio providencial, al modo que un artesano de juguetes manufactura conforme patrones invariables las figurillas bestiales de un arca de Noé; en este hecho curioso, que entra por los sentidos, se fundan algunas personas poco imaginativas para negar la evolución. Pero, el principio de la evolución es, hoy por hoy, científicamente compulsorio. Pues, si la evolución prosigue su marca ascendente, después del antropeide y el ántropos se verificará el adviento fatal del metrántropos, el más allá y por encima del hombre. El sentimiento más apegado al corazón del hombre, el más difícil de lustrar, el lati-

do más íntimo y caricioso, consiste en considerarse centro del universo. Todas las actividades humanas—arte, ciencia, moral, religión—están sobradas de este sentimiento pegajoso, que el hombre rezuma, a pesar suyo, del vaso poroso de su corazón. La última gran hipótesis científica, la de la evolución, estaba también empañada de este sentimiento vanidoso y mezquino. Todo se ha creado por evolución; la vida ha venido evolucionándose desde la papilla protoplásmica hasta el hombre; pero el hombre es la pleamar de la vida. ¿Por qué?

¿Por qué?, se preguntó Nietzsche. Todo «por qué» es un tragaluz que se practica sobre el infinito, la región de los símbolos. Nietzsche se asomó y columbró su símbolo. A este símbolo tenía que imponerle un apelativo. Y como Nietzsche era alemán le impuso un apelativo alemán, «Ueberschensch», que luego han traducido literalmente a todos los idiomas; superhombre, *surhomme*, *overman* y *superman*, etc., etc. La palabra «ueberschensch» aparece por primera vez en Alemania en una homilía del año 1688, claro que no en el sentido nietzscheano. Goethe empleó también este vocablo, aunque tampoco en sentido nietzscheano, y de él, probablemente, lo tomó Nietzsche.

Esto en cuanto al apelativo. En cuanto a la idea del superhombre es muy verosímil que Nietzsche la haya apropiado del filósofo Dübring, que, en su obra *El valor de la vida* (1865), sugiere que la evolución del hombre tiende hacia un tipo más elevado y hermoso. Este precedente ideológico no menoscaba la originalidad de Nietzsche. Lo que en el predecesor es una presunción, o una fría inferencia, en Nietzsche es convicción ardiente, acto de fe, visión profética; en definitiva, apasionada encarnación de un nuevo símbolo (1).

El símbolo literario.—Todo símbolo literario no puede por menos de alzarse revestido con la apariencia plástica y corpórea de una figura dramática o novelesca. La perspicacia y pericia de Nietzsche en cuanto autor literario le hizo comprender que una figura dramática, novelesca o

(1) Posiblemente uno de los agentes que colaboraron en la gestación—y también en el apelativo—del superhombre fué la idea emersoniana del *Over-soul*.

LA PLUMA

épica, por ser de contornos y proporciones limitadas, aunque alcancen la medida gigantesca, no puede servir de símbolo sino del presente y del pasado perduradero. En cuanto una cosa toca su límite, se aquieta y estaciona, ya está vaciada en el molde rígido del presente y del pasado. Lo único ilimitado e inagotable es lo porvenir. Y Nietzsche quería que su superhombre fuese cierto como el mañana y como el mañana incógnito. No podía, pues, cuajarlo en una corporeidad novelesca y dramática. Pero ya que no del superhombre, Nietzsche amasó la figura carnal, convincente y patética de su nuncio o profeta; Zarathustra. Zarathustra evoca el superhombre, persuade la certidumbre venidera del superhombre, lo hace ver, palpar, sentir, no con los sentidos mortales, sino de manera más profunda, con el sentido de presencia propio de la fe religiosa.

El estilo literario de Nietzsche, siempre enjuto, nervioso e impaciente, en Zarathustra se extiende con la magestad del volumen y la energía de un gran viento. Contiene todos los timbres, todos los acentos, desde el alarido hasta el sollozo. Todas las cosas se agitan bajo su pesadumbre ingrátida. Arrastra consigo las almas, como el torbellino dantesco.

Zarathustra es, desde luego, el libro de un escritor de raza y de un poeta cierto, como Platón consideraba la poesía veraz; poesía urania, poesía del entendimiento.

Un símbolo literario es susceptible de tantas interpretaciones subjetivas como sujetos lo arrostran. La Biblia, repertorio selvático de símbolos literarios—prescindo ahora de su valor religioso—no puede leerse sin comentario ajeno o sin comentario propio. Es el símbolo literario, como el maná del desierto, que cada cual le halla el gusto que apetece.

Otro tanto sucede con Zarathustra. Se ha utilizado como texto aristocrático; y no habría inconveniente en propagarle como texto democrático. Recordemos elípticamente la gesta de Zarathustra.

Zarathustra se retira a una cueva en la montaña. Ha huído el trato de los hombres. No ha visto en ellos sino bajeza, cobardía, flojedad. La humanidad padece una especie de colapso y agotamiento, tras de la tensión multimilenaria que ha sido menester para hacer las dos grandes jornadas del verme al antropeide y del antropeide al hombre. Es la decadencia y

disolución de la especie. De un lado, la moral dominante, moral de esclavos, igualitaria y rencorosa, impide y detiene la obra fecunda de la selección natural. De otro lado, la filosofía y la religión descentran el espíritu del hombre del deber de su realización dolorosa en la tierra hacia la esperanza egoísta de la satisfacción ultraterrena y ultramortal. La humanidad se ha vuelto de espaldas al sentido de la tierra. Y Zaratustra, en un largo raptó de meditación ha columbrado el superhombre. «El superhombre es el sentido de la tierra.» «El destino de la humanidad ha de cumplirse en la misma tierra, no en el cielo.» «La vida es lo que siempre está superándose.»

En la cueva de Zaratustra se han acogido algunos ejemplares de humanidad superior. El pesimista desesperado, que suspira: todo es vanidad. Los dos reyes que han sabido abdicar. El sabio concienzudo, que ha consagrado su vida a estudiar el cerebro de la sanguijuela. El histrión viejo, de las máscaras innumerables, que a todos engaña, menos a sí propio. El último de los papas, que ha matado a Dios. El vagabundo voluntario, asqueado de sus semejantes. El escéptico, que es una sombra más que una realidad. El estado de espíritu de estos hombres superiores es el hastío y repugnancia de sí propios, que les impele al ascetismo y al pesimismo. Desgarrados los hombres superiores del resto de la humanidad ¿proseguirá ésta su declive retrógrado; renunciará a la vida; se disolverá en la nada? «Adelante—replica Zaratustra—paso a paso, adelante y más adentro en la decadencia». La decadencia es como el otoño, que conduce al apático y sufrido invierno, umbral de la renaciente primavera. El vivo dolor del hombre superior es el solo estímulo de superación. Pero no es bastante que el hombre superior sufra en sí mismo y sienta repugnancia en sí propio. Este sufrimiento es fuente de grandeza; pero, no basta, Hay que sufrir de ser hombre, con vergüenza de poseer naturaleza humana. «Ihr leidet an euch; ihr littet noch nicht am Menschen.» Este grado supremo de pesimismo provoca en el hombre superior la exigencia de suicidarse en lo que tiene de hombre; el horizonte de su alma se ha distendido milagrosamente, y más allá de la última linde, se presiente, con sentido de invisible presencia, el símbolo del superhombre. El hom-

LA PLUMA

bre superior se apercibe a ser una a modo de fibra prieta y tenaz, entretejida con otras iguales, para formar la larga cuerda que salvando el abismo, hondo y cenagoso, que hace la humanidad, sirva de punto de sutura entre el antropoide, la última cumbre zoológica, y el superhombre, la inmediata cumbre de la vida.

Edades prolijas consumirá la preparación del superhombre. Entretanto, la sociedad habrá de organizarse bajo la soberanía de una clase de hombres superiores, cuya misión consistirá, de una parte en escitar la evolución hacia el superhombre, practicando de consuno la moral dura de los fuertes y los dictados de la ciencia biológica, y de otra parte, mantener la disciplina y el orden en el resto de los hombres, que han nacido para trabajar, producir y obedecer, a los cuales ha de dejárseles el regalo de los goces plebeyos y sensuales, así como la perseverancia en la egoísta fe religiosa y en la cobarde moral consuetudinaria de los esclavos, sin las cuales les faltaría entereza para soportar la vida y resignación para obedecer.

Aristocracia y democracia.—El andamiaje social que Nietzsche esboza, como apoyatura para edificar el presunto superhombre, parece un artificio de constitución aristocrática.

Sin embargo... Ya Aristóteles reconoció que por naturaleza unos hombres nacen esclavos y otros señores (por naturaleza, que no por circunstancias políticas), o lo que es lo mismo: hay hombres, la mayoría, desposeídos intrínsecamente de la aptitud para dirigirse, ni menos dirigir a los demás. Pero, del reconocimiento de esta verdad, no se deduce un corolario político aristocrático. Precisamente el criterio democrático estriba en que dirijan los mejores, y para la consecución de este fin el procedimiento democrático propone una organización de la sociedad en donde sea posible que el hombre que nace con la aptitud de dirigir, ya sea de origen vil, ya de alcurnia preclara, llegue en efecto a dirigir; en tanto por las constituciones aristocráticas dirige quien ha nacido en una línea familiar de dirigentes, aunque esté desposeído de la aptitud para dirigir. Claro que la constitución democrática supone que el gobierno es por y para el *demos* (por el pueblo y para el pueblo); pero esto se inspira

en el propósito de cultivar el pueblo como un vivero donde sin cesar se renueve el caso favorable, el experimento raro de hombres nacidos para gobernar con fruto.

En el esquema de Nietzsche cabe desglosar esas dos notas sustantivamente democráticas. Los ejemplares de humanidad superior que él ha seleccionado no han nacido dirigentes por abolengo, sino que provienen del *demos*, a excepción de los dos reyes, que son hombres superiores por haber dado fin a sendas aristocracias, puesto que habiendo nacido dirigentes, pero sin aptitud directiva, lo reconocen y abdican. Durante algún tiempo, Nietzsche se inclinó a exaltar como anticipación del superhombre a Napoleón, cuya cuna fué popular. También Nietzsche veía en el pueblo un como vivero vegetativo del hombre superior, y alguna vez expone su creencia de que el genio y el héroe surgen repentinamente, en virtud de una feliz casualidad, algo a la manera de las mutaciones de De Vries.

La democracia es, hasta ahora, la máxima garantía para el gobierno de los mejores; es la posibilidad de aristocracias auténticas, pero efímeras, puesto que toda aristocracia permanente degenera. Es curioso que Nietzsche eligió como rasgo del hombre para el mando la superioridad intelectual, y a la vez deseaba una casta permanente de gobernantes, siendo así que la superioridad intelectual no se trasmite por herencia, si solamente la fisiológica. He aquí la confusión de Nietzsche. La superioridad fisiológica no acarrea la superioridad intelectual, ni viceversa. El hombre que ha nacido para señorear es quizá hijo de siervos.

La religiosidad del símbolo del superhombre.—La religiosidad de Nietzsche no es sólo de sentimiento y de conducta, sino de gesto. Pese a su anticristianismo y su anticlericalismo, siempre hay en él algo de aplomo e intemperancia sacerdotales. Llevaba en el redaño enjundia de cuatro generaciones de clérigos. Hablando de los curas dice: «Mi sangre es la suya y quiero que la de ellos se honre en la mía.»

Más importante que el gesto es la sustancia religiosa. El símbolo del superhombre, como las mejores religiones y sistemas éticos, se afirma en la fe metafísica. Pero si la religión es, en el espíritu, fe metafísica, en la

LA PLUMA

conducta de la vida es espíritu de sacrificio. Religiosidad activa y espíritu de sacrificio son inseparables. Todas las religiones han considerado que sería estéril inducir a los hombres al sacrificio sin prometerles recompensa en la otra vida. La religiosidad activa es en la mayoría de los hombres un esfuerzo interesado. Nietzsche intenta purificar el sentimiento religioso. La fe en el superhombre es el sacrificio absoluto, sin esperanza de recompensa; el renunciamiento completo a todos los deleites que debilitan y rebajan la vida, de la cual no somos sino depositarios y transmisores; el ejercicio duro, cruel, despiadado de las virtudes difíciles que robustecen y exaltan el ímpetu vital hacia el superhombre; una existencia de lucha acerba y de riesgo expectante; y todo esto para que en el futuro futurísimo una criatura sobrehumana logre un estado de dicha colmada que nosotros no hemos de participar ni alcanzamos a concebir.

Esta mística abnegación es todavía más acendrada que el arrebatado de amor divino expresado en el dístico postremo del famoso soneto atribuido, ya a Santa Teresa de Jesús, ya a San Francisco Xavier:

Aunque no hubiera cielo yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

La repetición indefinida.—La convicción de la repetición indefinida, expuesta en «Aurora», y la convicción del superhombre, tema de Zaratustra, son irreductibles, bien que Nietzsche se hiciese la ilusión de haberlas armonizado en el mismo libro de Zaratustra.

El proceso intelectual y sentimental de Nietzsche hasta figurarse que había hecho abrazarse aquellas dos convicciones adversarias es el siguiente:

Nietzsche, como todo espíritu religioso, sentía terror ante la idea de la muerte, del aniquilamiento completo. *Timor est quod facit Deos*, el miedo es el que inventa los dioses.

Primera solución: la estética. Bajo la influencia de Schopenhauer y Wagner, Nietzsche, en «El origen de la tragedia», procura aliviar el horror de vivir—horror solamente, comentamos nosotros, cuando la vida

está embebecida en el horror de morir—, anesthesiando la inteligencia racionante por medio de una fuerte ebriedad, delirio y olvidanza de sí propia: el arte. El mundo y la vida no tienen sino una justificación estética.

Segundo estadio: la ciencia. Siguiendo a Empédocles, Heráclito y Goethe, Nietzsche reconoce que la naturaleza no encierra en sí misma finalidad alguna. Pero la pura fruición de conocer por conocer da un sentido satisfactorio a la vida.

Tercer tramo: la exigencia de una finalidad. La ciencia nos informa de que el tiempo es infinito y el universo limitado. Luego las combinaciones posibles de los componentes del universo serán asimismo limitadas. Luego todas las cosas que son y han sido volverán a repetirse idéntica e indefinidamente por los siglos de los siglos. Esta revelación transe a Nietzsche de entusiasmo y de espanto. Con desesperada esperanza, pide una finalidad a la vida.

Etapas final: la armonía por la creación de una finalidad. Si el hombre ha de vivir su vida infinitas veces, el hombre es inmortal. Cada vez que un hombre recibe esta intuición de inmortalidad, traducida en la repetición eterna, es la hora del mediodía para el género humano. Pero esta repetición eterna valdría tanto como la eternidad del infierno, ya que esta vida es radicalmente un mal y la naturaleza carece de finalidad. No—replica Nietzsche—. El hombre superior hace balance de su vida y comprueba el superávit de las nobles alegrías sobre las penas deprimentes, y se extasía con la evidencia de la repetición indefinida. El hombre superior dice a la muerte: otra vez, otra vez, otra vez. ¿Sabiendo que ha de repetirse y volver a ser? Desde luego; más también porque conoce que para que se dé superávit en su vida es fuerza que él haya hecho profesión de superarse, y en este punto el hombre superior ha otorgado sentido a la vida, ha alumbrado el símbolo del superhombre, que es el fin del hombre y la victoria suprema.

Bien. Con todo, la repetición indefinida y el superhombre continúan sin armonizarse. O el universo y la vida son un círculo o son una curva ascendente, inacabable en la novedad de su derrotero. Si son un círculo

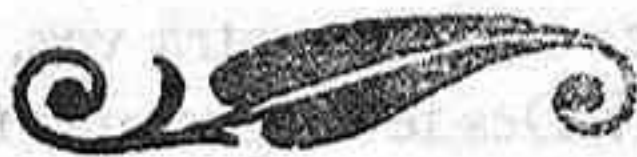
LA PLUMA

y todo ha de repetirse, ¿por qué ha de situarse en el superhombre y no en el hombre la pleamar de la vida y la victoria suprema? Y si no hay razón para que el hombre sea el ápice de la evolución, ¿por qué lo ha de ser el superhombre y no el supra superhombre, el post supra superhombre y así sucesivamente? Y en tal caso, adiós la repetición indefinida.

Aceptamos—en conclusión—que Nietzsche ha dilatado los horizontes del alma humana, que ha creado un nuevo símbolo y con él una nueva y tumultuosa fuerza motriz del espíritu. Tan tumultuosa, que las más de las veces se gasifica sin poder someterla a rendimiento práctico. Hasta ahora, venimos, con no poca dificultad, exhibiendo ante los lectores un Nietzsche en estado gaseoso; un filósofo y un hombre de ciencia cuya característica es la propensión acentuadísima a volatilizarse, atomizarse y diluirse en metáforas literarias. Era inexcusable, antes de mostrar el Nietzsche sólido, cristalizado e incorruptible—lo cual haremos otro día—que el lector se percatase de la niebla o atmósfera que le envuelve, no de otra suerte que de viaje la ciudad donde hemos de reposar se nos anuncia lo primero por un vaho denso y opalino,

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

(Continuará).





EL JARDIN DE LOS FRAILES ⁽¹⁾

VII

SENTADO de espaldas al jardín, en la baranda de la Galería de Convalecientes, el Padre V. decoraba con ruda prosodia versos abundantes en aparecidos, cánticos penitenciales, procesiones de esqueletos y otros arbitrios de ultratumba. Lugareño era, encendido de color, atlético; la voz cavernosa, el mirar tranquilo, los modales poco adelantados en sus pretensiones de finura; el porte encogido, de mozo transplantado en sociedad mejor que la suya, con cierta vergüenza honesta o quizá despecho de verse orondo en la flor de los años, lejos del tipo de fraile macerado por el ayuno. Su modestia soportaba con apuro el don de la salud rebotante y de las buenas carnes y hubiera preferido recatar esas gracias excesivas que rompían el canon monástico y eran piedra de escándalo—hipócrita escándalo—de los libertinos. Los colegiales le zaherían con alusiones tocantes a la bucólica; llamaradas de fuego le abrasaban la faz, de por sí ruborosa. Dolíanle esas burlas, no por certeras sino por injustas, y se esforzaba en demostrar que no vivía esclavo de su vientre. Sólo trataba de cosas graves. Parco en palabras, temeroso de comprometer su autoridad, las que decía decíalas

(1) Véase LA PLUMA de septiembre, octubre y noviembre de 1921.

LA PLUMA

puestos los ojos en el suelo, con el púdico embarazo de un novicio. Sin la desenvoltura de algunos ni la llaneza de casi todos sus correligionarios, descollaba por tímido, ya lo fuese de verdad, ya lo pareciese, no siéndolo, por el contraste entre su mónita y lo que prometía su estampa: siempre creía uno estar viéndole arrojar los hábitos y acudir en mangas de camisa, con desaforados ademanes y voces, a tirar a la barra en la plaza del pueblo, o, restituído a su aldea, en la fuga de la trilla, arrear con blasfemias robustas a las mulas. Encerrábase en tal corpacho un alma impresionable; en la sazón que digo, el Padre V., al recitar versos sepulcrales, traducía con medios de prestado sus emociones del momento. Sobrecogido de pavor vespertino, elevaba los brazos, agitaba las manos, fruncía las cejas, violaba el ritmo de los versos arrastrando las cadencias sonoras, pero no se atrevía a levantar la voz. Aun nos asaltaban el sentido restos vagorosos del mundo en trance de extinguirse. Del jardín quedaba el aroma de los bojés; del convento, el fulgor que exhalaban las celdas; del estanque, un destello sin foco. Sensaciones dislocadas, ténues, residuos del naufragio del día en el mar del silencio. A tales horas, en las cocinas del pueblo del Padre V., se habla de ajusticiados, de apariciones de muertos. De lo mismo trataba el fraile. Daba a su recitado acento misterioso; al conjuro de su voz amortiguada, la fábrica de San Lorenzo se poblaba de sudarios fosforescentes, de clamores del purgatorio. Pero las ánimas que aducía el Padre eran de muchas campanillas: ánimas de emperador, de reyes, de teólogos... El padre recitaba en la Galería de Convalecientes el *Miserere* de Núñez de Arce. El influjo de la noche, el del convento, la aprensión de la muerte, desataban sus emociones y no pudiendo ya meterlas en los cauces de aquellas consejas gustadas en la niñez, se acogía a formas poéticas más altas, pertenecientes a su espíritu enriquecido por la clericatura.

El Padre V., con sentimientos tan simples, abundaba en la inter-

pretación del Monasterio más accesible, por venir urdida en ideas que entendíamos muy bien: muerte, expiación, eternidad... Nociones de éstas tocaban tan en lo íntimo de nuestra vida y nos acompañaban ya desde tanto tiempo y tan de continuo, que no nos parecía haberlas adquirido siendo de alguna edad, sino con la existencia misma. Ellas prestaban a nuestros pensamientos y acciones resonancias profundas. Ellas nos hacían entender la repercusión del acto personal en lo infinito. Sobre todo por la certeza del castigo, la conciencia advenía a dignidad mayor, temible, pues hallándonos, adolescentes aún, casi niños, con responsabilidad reducida ante el mundo, que en mil modos nos amparaba, en el fuero íntimo era menester soportar aquella voz tonante, que no sé de dónde venía, y estar así solo, sin refugio posible. La formación de una conciencia culpable nos emancipaba; envejecía el alma, adelantándonos en la vida más de lo que aparentaba la edad, y nos consagraba internamente hombres. Copioso repertorio de imágenes teníamos para representar la marchitez del alma: reducíanse todas al intento de figurar la vejez prematura. Arribar el espíritu a súbita madurez por la experiencia personal de la caída, daba espanto; fuera mejor desandar lo andado, detenerse en la puericia. ¡Ah! ¡La melancolía del mozo si se persuade que ha mancillado el ampo de su vida! Imagínase haberla consumido en un instante; quédale por hijuela la pesadumbre de echar de menos lo que pudo ser y no fué; sufre la pena de sentirse, personalmente, arrojado del Paraíso. Pero en la insinuación de la culpa, signo de hombría, cobrábamos grandeza; más de una vez, dejándome adoctrinar, pensé: «¿Cómo puedo yo hacer tanto mal?» Esta magnífica tentación me revelaba el reducto, inexpugnable por el castigo, donde asisten el desquite y la fatigada gloria del rebelde que se aferra en su daño y nunca pide perdón. Conocía yo muy bien el número que tiene la soberbia en la tabla de los pecados capitales; conocía sus facciones. En

viéndola asomar, me humillaba: «¡Si eso puedes, no es por ti, es por Él!» Renunciaba a saber, y al exhortarme a acatar un poder infinito, cerraba de grado los ojos, temiendo descubrir en el fondo del corazón fibras inquebrantables. A otros, la capacidad para el mal los enloquecía. Estaban como en carne viva; un soplo les hacía chillar. «De Judas a mí, ¿qué diferencia?—venía a decirme un triste, abrasado de remordimientos—. ¡Un grano menos de desesperación!» Desesperado y todo, vivía, sin osar fugarse por las puertas de la muerte, llevando presente el suplicio irrescatable que le destinaban más allá.

Hallé corazones cerrados a los terrores de la vida religiosa, no sólo entre los incrédulos, que eran pocos, y entre los creyentes tibios (lo éramos casi todos), pero entre ciertos devotos que cumplían los deberes más impresionantes con fría puntualidad: almas cuidadosas, tranquilas porque estaban en regla y se creían inscritas en el padrón de los elegidos. Los incrédulos no podían motivar seriamente su impiedad; no conocían lo bastante el hebreo ni el griego, el siríaco ni el arameano para criticar las fuentes de la tradición cristiana; su infidelidad, sin base filosófica ni filológica, era espontánea, selvática: «verdaderos paganos—decían los frailes—como si Cristo no hubiese venido aún a padecer por ellos»; alguno, entre esos pocos, era sacrílego declarado, caso ejemplar, como la Providencia los escoge para hacer en su cabeza escarmientos milagrosos. Las profanaciones de que se jactaba producían más extrañeza que escándalo; tal vez por eso el milagro no se produjo, o por no desacreditar el Colegio; o porque otros, ardiendo en creencias vivas, rescataban sus desmanes. El fervor religioso adquiría fácilmente en nuestra edad y con nuestros hábitos, el giro de un padecimiento. Por de pronto, nadie lo apetecía. A ninguno vi acogerse a las creencias en busca de reposo y de paz, o de consuelo. Fuese lento el contagio o fulminante, la actividad religiosa procedía de una sorpresa de la sensibilidad, subyugada por

la evidencia aflictiva de las realidades de ultratumba. El poseído de esta visión, echaba a su pesar por un sendero de ascuas, y se incorporaba a la caravana lastimosa que iba contando los pasos que la acercaban a la boca del infierno. Sin escapatoria posible: rondaba el pensamiento de la muerte, que a lanzazos metía en vereda a los fugitivos. El espanto tronaba en el umbral de nuestra vida religiosa: miedo de la carne a las penas de sentido con que nos amenazaba el azar imprevisible que iba a jugarse en nuestra última hora. Lo que es yo, para pensar en la muerte no tenía más signo que el perecimiento corporal, ya lo impregnase de dolor físico, ya lo adornase voluptuosamente con cándidas galas de víctima resignada, que paladea el sacrificio, y me gozase en merecer la conmiseración ajena; dulce anestesia contra un dolor imaginario. Mas nunca la muerte era acabamiento. Empezaba allí otro vivir, distinto del presente en dos modos: en carecer de libertad, en ser invariable. En este mundo subllar, mi albedrío iba a entrar a saco; con tener fijos en él los sentidos, apenas presentía sus tesoros; descubrirlos era la promesa esencial de esta vida. No así en la otra. Y si nos representábamos la muerte a fuerza de arrumbar imágenes cadavéricas y apariencias lúgubres, de la vida futura sólo podíamos formar una perspectiva figurándonos sus tormentos. El puro concepto de lo divino era inabordable. Dios, en cuanto dejaba de ser el Señor bondadoso, de barbas niveas, que nos tuvo de su mano durante la infancia, se transmutaba en un triángulo con un ojo en medio. Del Paraíso estaban desterradas las complacencias sensuales, aunque no lo estuviesen del infierno las privaciones y los desabrimientos del mismo orden. Lo más comprensible de cuanto servía para fundar el deber religioso y que ponía en movimiento los mismos resortes que nos impulsaban en todos los momentos de la vida, era el miedo al dolor. Sobre él soplabá vigorosamente la palabra catequista.

LA PLUMA

Quien se encendía en esa pasión, hallaba en El Escorial cebo para alimentarla. San Lorenzo: tabernáculo de la muerte, recordatorio de la agonía, yerta cámara de difuntos: cuanto en El Escorial es mortuorio, pía recordación, ofrenda y desagravio, entraba a pie llano en el espíritu trabajado por iguales congojas. La pasión que lo levantó era esa misma; entonces podía hablar de ella, describirla en otra alma, como si me interrogaran acerca del sabor de mi sangre, o acerca de la onda que corre densamente debajo de mi piel y mantiene el cuerpo transido de calor.

Con más fantasía, hubiésemos demolido el monasterio para ordenar en otra forma sus piedras; hubiésemos hecho un obelisco, un túmulo. Variada la extructura, ¿se perdía algo mientras subsistiese el propósito? El valor de la obra se desleía en la intención piadosa. Más pesaban el rey-fundador y el cuidado de su alma, que el arquitecto y su genio. Destino regio, encararse con la muerte recomendado por tan formidable máquina, e instituir un colegio orante que siglo tras siglo derrame sus preces sobre una fosa que nunca se cierra. Para que su tránsito sea todos los días actual y nos enterezca su dolor patente. Creo haberle otorgado al triste rey, arrecido en la vastedad de su gran iglesia, y a los muertos de su linaje que imploran con él piedad de los fieles, la limosña de mi compasión. En la gloria del grupo de Leone, oran sus bultos majestuosos, se prosternan con mesura; son de bronce, y los cirios arrancan a los mantos rayos de oro. Pero en la haz de la basílica, en torno del túmulo negro, sus almas doloridas temblequean en la llama de las hachas y exhalan súplicas de paz. La liturgia fúnebre, que apenas se interrumpe, retrae las almas al momento en que partieron del mundo, las evoca, diciéndoles aquellos desolados improperios que oyeron por vez primera cuando su cuerpo se acababa de enfriar. No reposan. Arrastran en las cavidades del Escorial una vida endeble, interina, en espera del olvido

eterno que tarda en llegar por el rango que tuvieron. Quítense los cuerpos de esos anaqueles donde los tienen insepultos, y déseles tierra, y en cuanto la tierra se los coma, se apaciguarán las almas; y que el cántico funeral en la basílica se apague.

VIII

El retorno puntual de la cigüeña nos valía la tarde de huelga que con la Candelaria y San Blas inauguraba febrero. Como señal de asueto, la llegada del ave sólo le cedía en importancia al día de la Purificación, no al de San Blas, a quien de año en año se le respetaba menos. Puedo decir que he visto desvanecerse una tradición escolar pura. ¿Sería San Blas uno de esos santos, coetáneos del arte románico, que, como San Millán, San Martín, San Facundo, tuvieron clientela hace ocho o diez siglos y hoy apenas si conservan alguna? ¿O será más bien un santo de cabeza de partido, un prestigio local? Me inclino a este parecer. San Blas fué un dioscecillo rústico; un dios-límite entre heredades, erigido cabe un haza candeal, en tierra abierta y reseca, y sin tacto con los húmedos genios forestales; áspero, como el cascabillo del trigo, y tozudo—de que es buen testimonio el proverbio. Los labriegos de teatro llamáronse Bras; y todo Blas se asfixia donde no llegue el relente del ajo crudo. En el Colegio, los nacidos en tierras cereales, que es decir sin ensueños, sabíamos quién fué San Blas, pero los cortesanos, los montañeses y los ribereños del mar ignoraban su virtud y hasta se reían de su nombre, de suerte que los procuradores de su fiesta tradicional hablaban un lenguaje que los demás no entendían. Yo era de los observantes, lo confieso. Del pingüe patrimonio universitario de Alcalá todavía formaba parte principalísima en mi tiempo la festividad de San Blas, guardada en todas las escuelas y colegios, por herencia de las aulas ildefonsinas;

LA PLUMA

otros rastros menos profundos habrán dejado tras de sí. Los editores de la Políglota fueron a buscar ciencia lejos, pero en los usos se amoldaron el rito local. Instaurar la vacación de San Blas en los claustros alcaláinos fué contagio dimanante de la gran villa de Meco, que a simple vista levanta la mole de su iglesia al borde del alcor y se asoma al valle donde el Henares, decrepito, carraspea y dormita... En Meco tuvo San Blas culto solemne y romería, y de ella nos llegaba a los mozalbetes alcaláinos unas rosquillas corruscantes, de enrevesada estructura, sacadas tal vez con mazo y escoplo de una tabla de pino barnizada. Procedíamos como si el santo fuese natural, quien sabe si vecino, de aquella villa; yo tenía una representación concreta del personaje por una imagen suya venerada en casa de mi abuelo, imagen de talla en madera, embadurnada de almagre, rostro de simple, cabellos lacios sobredorados, rozagante vestidura, y por pupilas dos abalorios negros. La imagen me sirvió para personificar las historias sobrenaturales aprendidas en la niñez y de blanco en mi rebeldía cuando, sin ser gigantes, otros mocitos y yo hicimos la primera tentativa de escalar el cielo: fué que le horadamos al santo por el ombligo con una barrena, y le pegamos a los labios un cigarrillo de papel, y le vaciamos los ojos. Nos espantó sobremanera ver el desacato impune.

Febrero, pues comenzaba bajo auspicios tan prósperos, era clemente: la cigüeña abría a picotazos un desgarrón en el toldo parduzco que nos velaba el cielo; prendidos en los riscos quedaban rebocillos de bruma que marzo no tardaría en barrer. Gustosa paz la de esos primeros días de calma, días que ya entretienen el paso y se demoran en el llano antes de morir, dejando al Escorial en la quietud sollozante de sus tardos crepúsculos: los picachos sin su oro, las pizarras apagadas, la Herrería en sombra, mientras arde en la raya del horizonte la pira bermeja del caserío de Madrid. Don Carnal y doña

Cuaresma disputábanse nuestras horas; mejor aún: libraban en nuestro corazón su batalla sin término. Cebo único de nuestros ensueños era el remedo de los holgorios distantes; pero las fiestas del Colegio, tan pueriles, apenas podían servir de asidero. Cuantos se hallaban, a los quince años, propensos a estar tristes sin motivo, iban a naufragar en el oficio de vísperas, hora en que la basílica nos recibía con insólita suavidad, y, sin confortarnos, adulaba al ánimo atribulado por deseos sin nombre.

IX

De los solaces profanos que aportaba Carnaval, el más relevante era el teatro, concesión al espíritu del siglo reiterada en otros días de marca; el santo del rector y la Conversión de San Agustín veían también alzarse el tinglado en la sala del billar o en el claustro bajo, que entonces el templo de la musa aun no había echado raíces en el colegio. Sólo un año vi conmemorar a Santa Mónica con toros embolados; dos becerros de muerte lidiamos que, contra todas las previsiones, en efecto, murieron; desastradamente, pero murieron. El suceso de la corrida, desaprobado por los frailes más rígidos, no se repitió. Por venir sin sangre ni estrépito, el teatro parecía inócuo contra la disciplina; no derogaba el orden. Una laxitud gustosa sobrecogía por momentos a los entrometidos en esas fiestas sin sabor, donde todo pasaba en emblema y por simil—decente, pero vana cautela contra los desmanes de la imaginación. En este Saint-Cyr para donceles, puesto, como el de la Maintenon devota, bajo un patronato egregio, Carlos Arniches suplía a Racine. No supimos de *Esther* ni de *Athalie*. Íbamos con el gusto callejero, que no se templea en lo sublime, porque en su día nos fuese menos agrio el descenso al mundo donde nos destinaban a brillar. Rehicimos el repertorio de Apolo y otros teatros de su jaez.

LA PLUMA

Sin retoques, apenas. Nos permitían simular en las tablas la diferencia de sexos, franquicia nunca gozada por los impúberes del colegio de segunda enseñanza. Muchas veces ví a esos desventurados representar zarzuelas en boga; mudábanse en hermanos los amantes y los coloquios de amor en epístolas de dudoso sentido, repugnante insensatez de que sacaba provecho burdamente nuestra malicia. En la «Universidad» no sufríamos tanto desdoro. Había jovenzuelos esbeltos y pizpiretos especialmente aptos para los papeles de primera tiple; y quien juntaba a la crasitud precoz una dicción reposada, hallábase en potencia propincua de advenir a dama de carácter. La recluta del coro hacíase por leva de chillones. Metidos en el aula del piano, tratábase de concertar lo mejor posible el desacordado vocerío de tanta laringe virginal. El pianista era un estudiante pontevedrés, zumbón, sentimental, cacique de una pandilla de colegiales, a quien acertó a inocular la morriña galaica. Muchas tardes del curso, acabadas las clases, daba pábulo a su mansa tristeza arrancándole al piano, hora tras hora, muñeiras y alboradas. Tres o cuatro de sus compinches le asistíamos en el rito. La música lánguida y el acento quejumbroso de las canciones, que eran como unos lamentos y unos ayes, nos metían el corazón en un puño. Mirábamos por las rejas a la Lonja, árida, sola; venía del Monasterio el clamor de las campanas, sufragio por algún rey podrido en los sótanos; nos enternecían añoranzas vagas. ¿Añoranzas de qué? De otros días sin saciedad, de otras prisiones, de otros deseos marchitos sin arribar a colmo... O era más bien que el albedrío, agazapado en lo oscuro del alma, donde vivía sumiso pero en rebelión latente, empollando la irrefrenable voluntad del desquite futuro, se quejaba, ¡Nos prometíamos ser tan felices en saliendo de allí! Y con abandonar a la coerción esterna del colegio lo más de nuestra vida, sólo vivíamos, realmente, por los tesoros de soberbia que acertábamos a poner en salvo en aquel figurado escondrijo.

No sé que día entró en el aula del piano el Padre Florencio. El galleguito dejó de tocar y cantar. Todos se pusieron en pie. Yo leía el *Madrid Cómico*, junto a la ventana. El Padre Florencio me pidió el periódico y hojeándolo paró la atención en un artículo; apenas leyó las primeras líneas, una sonrisa acerba le descubrió los dientes amarillos y grandes como los de una mula y con saña rasgó el papel en cachitos, diciendo al despedazarlo: «¡El señor Sinesio...! ¡El señor Sinesio...!» Para un mozo que se creía superior al Padre Florencio, e incluso (ya he mentado nuestra soberbia) al «señor Sinesio», la humillación fué terrible. Además, me indujo a error; tardé algún tiempo en descubrir que ese ingenio no era el vicario de Satanás en la tierra.

Maestro concertador era el Padre R., ahijado de Euterpe, de quien recibió en la cuna un violín famoso. Muerto el Padre Aróstegui, un vasco que por las hopalandas negras, la talla ingente, la sonrisa enigmática y el casco blanco de la pelambreira, se parecía a Merlín el encantador, rasurado, el Padre R. se alzó, por decirlo así, con la monarquía de la música en el colegio. Era, en la ejecución, poderoso brazo. El violinista Monasterio nos visitó cierto día. Reunidos en la rectoral frailes y alumnos, pedímosle que tocara alguna cosa. Trajeron el violín del Padre R.; Monasterio nos regaló con una pieza superferolítica: *¡Adiós a la Alhambra!*, que nos dejó pasmados. (Algunos frailes propalaban que Sarasate era mejor ejecutante por que tenía los dedos muy largos, pero que Monasterio tocaba con más sentimiento.) El maestro, al terminar, parecía sudoroso, y soltando el violín exclamó:

—¡Es un violín de coracerol!

El Padre R. sonreía, cortado. Era angelical, suave. Se le ha de ver en el Empíreo entre las Dominaciones y los Tronos, arrancar a brazo partido de su violín de hierro, los láudes del Señor.

El Padre R. profesaba, principalmente, Derecho civil. Y el año que anduve gateando por esa robusta rama del árbol de las ciencias jurídicas, el buen padre, en vísperas de Carnaval, me administraba dos veces al día su magisterio; de mañana, nos desojábamos sobre los códigos; por la tarde, nos enseñaba de oído la música de *Los Africanistas*. Más numerosa caterva había de amaestrar el Padre en los ensayos de la zarzuela que en la lección de Derecho; pero con harto menos trabajo nos agenció en la escena laureles que se malograron en el aula. A su curso asistíamos seis o siete veteranos supervivientes de aquella generación que vió galopar a la yegua *Peonza* por el ámbito de la clase de metafísica. Ya la vida del colegio no tenía para nosotros secreto alguno. Afrontábamos los deberes y la agobiante rutina de cada día sin empacho ni alarma, sin premura, con el aplomo y el desembarazo pertenecientes a la madurez. Aunque tan mozos aún, en el orbe minúsculo, escolar y frailuno, de nuestra vida, hombres maduros éramos, en un todo al cabo de la calle. Desde el primer día, el Padre R. nos convocó en su celda. Sopesamos el libro de texto. No tardé en advertir que a todos nos aguardaban las mismas sorpresas. Nació entre el Padre y nosotros una suerte de compañerismo con que se templó el respeto, encendiéndose más y más el primero y tierno afecto que por él sentíamos. Le quisimos fraternalmente; era un hermano mayor, sesudo y bueno, enriscado por las sendas escabrosas de la virtud y del estudio, mientras nosotros triscábamos en los pradecillos de la holganza. Vivo en los modales, atropellado en el habla a causa de un conato de tartamudez, era en la apariiencia brusco, máscara de su corazón mansísimo. También nos quería entrañablemente. Y aunque de tarde en tarde arrojaba fogaradas de esa cólera estéril, tan divertida, con que los hombres mansuetos pretenden recuperar fuera de tiempo el predominio que se les escapa, harto se echaba de ver su desmaña en el

enojo, movimiento desusado de su ánimo, y que le angustiaba y desolaba el enfadarse, como amarguísimo cáliz. En torno de la mesa de su celda disipamos en charlas amistosas la mayor parte de las mañanas de un invierno. Yo empleaba el ocio en darle tajos en la cabellera a la estatuilla de Schiller, de plomo, encaramada en la escribanía. Tesoros de paciencia monacal gastaron otros en cubrir de letreros y figuras el frente de la mesa. Quedaba margen amplio para el buen humor. En llegando a clase, C. solía extraer del bolsillo una alcayata descomunal y un mazo, y la clavaba donde le venía más a mano, fuese pared o estante, cerco de la ventana o marco del biombo. Luego colgaba gravemente la boína en la alcayata. El Padre R., mirábale mohino, acabando por encogerse de hombros. Cierta día llevé a clase una varita con la que de alguna manera debí de molestarle. Me ordenó tirarla, y me amenazó. No obedecí. Volvió a amenazarme; volví a no hacerle caso. Se puso en pie y asiéndome por las muñecas me forzó a soltar la vara, arrojándola luego en pedazos a la carretera. Al otro día aparecimos con variedad de armas: un mazo de polo, un machete cubano, un revólver. Nos sentamos.

—¿Adónde váis con eso?

—Es para defensa de nuestros derechos, padre. *Si vis pacem...*

Esa vez—la única—nos arrojó de clase.

Por nuestra corta ventura, el tiempo, corriendo más veloz que nuestros estudios, nos abocó al final del curso sin haberle hincado el diente a la mayor parte del texto. Se alarmó el padre. Luego de averiguar cuántos días laborables restaban, dividió por su número el de páginas del libro no leídas aún. Cúpole a cada jornada treinta y cuatro páginas. A paso gimnástico dimos con nuestros caletres en esta, al parecer, meta inasequible: «Fin del tomo cuarto y último», no sin vomitar a diario sobre la mesa de la celda leyes y escolios en girones, restos indigeribles de la bazofia engullida en pocos minutos,

LA PLUMA

y no sin que el fraile nos arrease también a diario con la misma seña: «Ya sabéis, jóvenes: para mañana, las treinta y cuatro páginas siguientes.»

En la lección de música, el Padre R. empuñaba una batuta de papel y juntos echábamos el bofe cantando al unísono la zarzuela de tanda. Quienes habían visto la función en Madrid, nos socorrían con advertimientos saludables. En un plazo también fatal era menester dejarlo todo a punto. Una tarde cortamos el ensayo para asistir al entierro de un niño que murió en el colegio de Alfonso XII. Llegamos ya anochecido al Campo Santo; pusieron el ataúd en el tumbillo y lo destaparon. Vimos al colegial muerto, aterido en la caja. Bien cantado le dimos tierra, y a más andar tomamos la vuelta de la Universidad, azuzados por el frío. Otra vez en torno del piano—no se podía perder tiempo—nos pusimos a trabajar vorazmente; machacábamos con furia en un estribillo jacarandoso y nos sonaban en el oído desgarradores acentos. Nuestra música se enzarzaba con la salmodia de los curas. Repetíamos al borde de la fosa abierta de súbito en el medio de nuestras fútiles diversiones, un cantar chocarrero, impregnado ya en desconsuelo para siempre, como ya para siempre el pobre muerto no iba a tener otra manera de representarse en nuestro ánimo, sino los oficios de un ritmo bufo con sus memorias del Campo Santo y del viento que azotaba las tapias llevándose a tiras el responso, y de una faz afilada, de una frente opaca bajo el remolino de cabellos negros donde se había helado el sudor, y del viso de una pupila empañada, en la hendidura de los párpados entreabiertos.

MANUEL AZAÑA

(Continuará.)





IGUALMENTE

A PEDRO SALINAS

I

*De pronto sentí un hastío infinito.
Parecía que de mi corazón iban saliendo calles,
calles rectas de una ciudad lenta y gris.
Sentí un rumor trepidante en el fondo del alma...
¡las calles tiraban de mi corazón...!*

*Y esas voces de polvo, esas palpitaciones urbanas
de los hombres de hongo y de bastón,
removían acremente, un pedazo de conciencia
que mantenía viva, el dolor...*

*Mi vida era una calle villana.
Sobre una chimenea, se engarzaba un nubarrón.
Hacia mi corazón venían las cosas de la calle,
esas vulgares cosas sin explicación
de un hombre que mete las manos en el bolsillo,
o que mira reflexivo un reloj...*

*Yo tenía dentro todos los relojes de la calle,
y llegó a ser mi corazón
como un bolsillo que tuviera manos
llenas de aburrimiento y de sudor...*

*La calle sucia, como el plomo viejo,
hasta el fin de mi alma llegó...
Los hombres huían lentamente por ella,
llevándose un tiempo menguado de sol...
Y vi que la muerte podía ser hastio;
acaso un hastio mayor...
¡Todo se prolonga como cualquier calle,
y esos hombres se mueren también como yo...!*

II

*¡Qué mal está eso de la eternidad!
Nada nos queda para ella.
Amor, dolor, silencios temblorosos, y sueños sencillos,
todo se pierde, al ser eterno, amigo...
La eternidad es una enorme mano abierta,
disecada y lisa. No hay un signo secreto para ti.
Entras en ella y no se cierra nunca.
Hasta calor de mano enemiga
evocarás, desconsoladamente, allí.
La eternidad es un lienzo clavado
sobre la última muralla del fin.
Es un vulgar cartel con letras de sombra
que dicen: «La eternidad está aquí...»
Y así puedes saber, cuál es el término
de lo perecedero infeliz,
y cómo es la llanura interminable
y cómo la eternidad has de sentir:
sólo los ojos en las letras infinitas
heladamente fijos...*

¡La eternidad es así...!

ALONSO QUESADA



EL NOVELISTA

(NOVELARIO)

(CONTINUACIÓN)

El novelista siempre había temido que se presentase alguno de sus personajes, aquellos personajes que no eran nadie en particular—¡pues no faltaba más!—si no que eran tipos comunes, tipos que no había aceptado hasta que no se había dado cuenta de que eran tipos genéricos, tipos que se podía encontrar uno en cualquier parte.

Ya había llegado uno, el primero y no el más esperado. Mas temía que se presentase aquel feroz grandullón de su novela «Fratricida».

¿Quién iba a decirle que aquel Alfredo, que había colocado en plena naturaleza para motivar la descripción de las faenas y la vida de una Resinera llena del olor de sustancias del campo, iba a ser un tipo vivo y hasta casado con la adúltera?

Iba a tener que huir al extranjero para escapar a la venganza y a las peticiones de dinero a que iban a someterle sus personajes.

Al llegarle la hora del éxito le había llegado también la hora de la expiación.

Por haber hecho lo que sólo logra hacer un hombre entre millones de millones, que es entretener a los otros por un pequeño estipendio, iba a ser vapuleado, insultado, discutido, malquerido.

Por de pronto tenía que pensar en colocar a Alfredo, utilizando sus influencias. Había regenerado a un hombre, le había convencido, pero tenía que ayudarle a vivir.

A la caída de la tarde salió Andrés de su casa oficial y se fué a una de las casas misteriosas y deshabitadas que tenía en la ciudad y cuya dirección nadie conocía. Desde que sintió la vocación de novelista había comprendido que un verdadero novelista necesita encontrar las perspectivas de la ciudad desde distintos sitios, llegando a ser de ese modo el mismo distinto novelista y distinto personaje del arte de novelar en distintos cuartuchos con balcón a otras luces y a otros barrios.

Ya tenía cuatro casas pobres—alguna aguardillada—en Madrid, casas en cuyas mesas, siempre llenas de polvo, había comenzado novelas distintas.

Había conseguido el sueño de su juventud por fin y se escondía en aquellas casas con sonrisas de desaparecido. Cuando abría aquellas puertas que daban al silencio y a la antesala sin perchero y se sentía dentro de la casa abandonada que ha pasado la noche sola, se sentía inexistente e inencontrable. Su mayor felicidad. Era como un muerto dentro de cierta inmortalidad.

Huía así de sí mismo y de esa pesada mujer que es la monotonía.

Ahora iba hacia la casa de la calle del Sotillo, que le ponía enfrente del horizonte del sol poniente, escorzándole un poco hacia el Guadarrama. Desde que era niño había soñado asomarse a aquellos balcones de la casita, pues realmente no era una casa, sino una casita aquel inmueble.

Era una casa que se elevaba sobre unos jardinillos en cuesta y sobresalía por lo alto de una tapia, como si se empinase en aquella altura para ver. Tenía una cosa de chicuelo empinado en lo alto para ver la procesión.

Los dos balcones del novelista eran los más bajos de la casa, de tal manera, que si alguna vez hubiese perdido la llave, hubiera podido, sin gran dificultad, entrar por el balcón. En verano tenía algo su lámpara de las lámparas de los zapateros iluminadas en las porterías o en esas tiendas que, al no ser alquiladas por nadie, son alquiladas a los zapateros a precio de portal. En el verano subían fácilmente a su mesa todas las confidencias de la calle, se le colaban de rondón, iban andando altas como las sombras y caían en la trampa de sus cuartillas.

En el invierno era más difícil la inspiración, pero era más pura, más entrañable, más profunda. Todo estaba tamizado por los cristales de los balcones.

Andrés Castilla iba despacio, dándose su único paseo del día, el pa-

seo del almuerzo, cuando se encaraba de nuevo con la vida y caminaba soñando en su casita, en esa hora de las cuatro de la tarde, en que el sol está ya purgado y el día se ha posado y ha entrado en su madurez.

Siempre al torcer la esquina de la calle del Sotillo miraba hacia atrás, como si temiese que le persiguiesen para adivinar donde iba. Temía más que a un policía a un biógrafo.

La entrada en el portal de su casa modesta y destartalada le hacía dichoso. «Ya estoy fuera del mundo», pensaba, y abría la mampara de cristales, separándose así de la calle, aislándose en la escalera pobretona que adensaba la intimidad de los vecinos.

Saludaba a la portera con mucha cortesía y subía la escalera, gozando su otra casa como con fruición de ser distinto.

Al meter la llave por la cerradura sentía que los ladrones se dispersaban y saltaban las barreras de las ventanas, yéndose a todo escape. Algo así como una esposa de clase modesta le salía a esperar.

Andrés, dando un rápido empujón a la puerta, barría hacia dentro el espíritu inquieto de la casa que, atraído por el ruido de la llave, se había pegado a la mirilla, y cerraba con prisa.

En seguida se dirigía al despacho, al que había hecho única pieza habitada de la casa, y encendía la estufilla de gas.

Asomado a su maravilloso balcón se quedaba un rato extasiado en la luz del atardecer y en esas friolencias que se quedan atravesadas en el cielo, en remanso de congelación.

Realizados todos esos gestos de siempre al entrar en aquella casa, que parecía la del cura de la parroquia, el novelista se sentó a su mesa.

Allí estaba la novela entre manos, la que le había correspondido a aquella sucursal, la que daba un ambiente especial a aquella habitación, la que se titulaba

LA CRIADA

Leyó las últimas palabras en que se había quedado el otro día, y después se puso a pescar ideas en las riberas del cielo. Pensaba en las pobres criadas, cuyas historias miserables y conmovedoras llenaban aquella novela, que seguía las historias de varias muchachas que habían pasado por la casa del señor inquisitorial, de la señora malvada y de los señoritos crueles. Ya estaba en el capítulo XVII. Se puso a escribir:

«El novio de Micaela paseaba por delante de la casa hasta el día que no la tocaba salir. Se ocultaba detrás de los árboles y miraba a los balcones a los que sólo se pueden asomar las señoras. Ella sólo se podía asomar a un patio obscuro, en el que él no podía entrar. No tenía esperanza de verla,

y, sin embargo, allí estaba. ¿De qué serviría que se pasease y que se sintiese mirado por todos los balcones, ocultando la dirección de sus ojos impacientes con la visera de su gorra, muy echada sobre ellos?

Estaba enloquecido por la belleza de Micaela, y con el temor a los señoritos creía vigilarla y defenderla así. Sólo algún día entre ciento, Micaela bajaba por esa cosa que se necesita un gentemente, y cambiando unas palabras con él, subía corriendo, porque ya sabía él cómo regañaban en aquella casa.

El novio de Micaela, después de aquellos largos ratos en que estaba de plantón, se iba. ¿Adónde? A seguir un camino insípido, a esperar el domingo que viene, a morir de tristeza, a sospechar, a quedarse idiota sentado en los bancos públicos.

Y mientras, era una vergüenza lo que sucedía en el fondo de la casa. El señorito Fernando, el que era más cruel con las criadas, esperaba a Micaela en el pasillo, oscuro y largo en la obscuridad, como si se gozase así de impunidad atacando a la doncella en su promedío.

Micaela siempre repetía aquellas frases torpes que no la daban fuerza: «Quiero ir con la cabeza muy alta...» «Siempre he llevado la cabeza levantada...» «No quiero que digan que soy una perdida». Pero todo aquello, sin gran esfuerzo en el ademán, producía la burla de Fernando. La adolescencia del señorito, el segundo que entraba en el fervor sexual después de Manuel, no perdonaba, no se conmovía, no aflojaba sus abrazos. Se sentía como si pasase el carro pesado de la carne por encima de los borritos de la calle, un trepidar de toda la casa, un titiriteo de los cristales, fenómeno que producía solo la fiebre del señorito Fernando, emboscado en el pasillo y oliendo el pelo grasiento de Micaela con sed salvaje.

Siempre parecía ir a acabar la escena a satisfacción, por fin; pero siempre encontraba Micaela medio de escapar, o bien porque el señorito Fernando se asustaba porque había oído que sonaba un ladrillo desprendido que había en la revuelta del pasillo, o bien porque ella encontraba manera de desasirse o resbalaba su cuerpo como el de una sirena.

Micaela, con los pelos alborotados, con la blusa salida, se reponía antes de entrar en la cocina, pues temía a la vieja cocinera Amparo, que había pasado por aquellos mismos trances, yendo a tener hijos de varios señoritos y costándola mucho dinero, muy buenos duros ganados con el sudor de todo su ser: el acudir a las casas misteriosas cuyos balcones cierran dobles maderas y dobles cortinas, y cuyas paredes están enguatadas para que no se oigan los gritos de la que es «desembarazada».

Micaela estaba embellecida por sus ojeras, las ojeras que nadie tenía en cuenta que eran las ojeras pavorosas del trabajo.

Era penoso encontrar aquella hermosura en una criada zafia, irredimible, que creía en la honradez con firme dureza.

Micaela, después de aquellas escaramuzas, se reponía con gran resignación, y como eso ocurría a la hora del anochecido, se ponía a aprender a escribir con esa lentitud con que aprenden los criados, echando toda la cabeza y todo el cuerpo sobre la mesa de la cocina.

Amparo era sorda y tenía esa fidelidad que da miedo en las criadas sordas, pues cuando dan con señoras solas, pueden ser tan fieles que maten. Las sordas son de una lealtad cerrada.

Amparo, como todas las criadas sordas, ocultaba su sordera y decía que sí, que sí, a todo lo que no oía. Gracias a ese que sí, que sí, fué admitida ella y son admitidas todas las sordas el primer día, cuando contestan que sí, que sí, a todo lo que las preguntan si saben.

Amparo fué criada de mantilla los domingos en una casa grande de gran portalón, «diez veces éste», como ella decía a las doncellas para darlas una idea de aquel hermoso portal.

Amparo acariciaba el ideal de vender, cuando fuese más vieja, tortas y cacahuets en una esquina. Iba a ganar poco y a comer poco, pero la tentaba aquel ideal del puestecito «de eso o de verduras»; por que iba a ser la dueña.

Amparo, durante su juventud, sufrió una estancia en la casa de maternidad—de ahí ese hijo cochero que andaba por la vida—y fué ama. Amparo, cuando pensaba que algunos amigos de la casa sabrían que había sido ama, que quizás se acordaban de ella por haberla visto en los jardines, se echaba a temblar...

Como era sorda y apenas podía contestar a las doncellas, y las doncellas estaban aburridas y tenían que estar cosiendo o leyendo un libro, vivía como sin compañía.

Aquella noche en que Micaela fué más prensada y amasada que nunca por el señorito Fernando, Amparo repasaba sus secretos viendo las arañas negras del hule, mientras Micaela creía aprender para señorita aprendiendo a escribir.

La cocinera estaba emocionante, concentrada, y había en ella ese escalofrío de antes de cenar que tan intensamente de melancolía ataca a los niños de siete a ocho años que esperan en la cocina la llegada de sus papás, que llegarán a las nueve de la noche para cenar.

En los blancos vasares las tazas se estrechaban unas con otras y daban diente con diente.

En el búcaro de una lata se erguía el perejil, emperejilando un poco la atmósfera, demasiado blanca.

LA PLUMA

Los muebles de pino, muy lavados con estropajo y arena, aumentaban la desolada desgracia de la cocina, su blancor triste.

A las pobres criadas apenas mucho ese modo de callar de las cocinas, tanto, que se escapan al mando de las señoras solas por demasiada tranquilidad.

A esa hora la cocina está desanimada e incapaz. Ya está lejos la hora en que puede llegar el carbonero o el tendero, o en que suelen estar un largo rato en la cocina, olvidadas del mundo, en ese final del mundo, que es la cocina, esas niñas de la lavandera o de la antigua criada y que ni siquiera dicen que pasen los señores, dándolas a veces diez céntimos en la antesala.

Amparo comenzó a hablar de cuando estuvo en casa del señor Golard.

—El señor Golard, siempre me decía: «Amparo, cuando yo sea viejo, tú no tendrás que trabajar... Estarás al amor de la lumbre en el gabinete...» El pobre murió...

—Yo no puedo estar mucho en una casa—dijo Micaela—; de la última me marché porque me mandaron llevar a la estación, desconsideradamente, una gran maleta, con la que no podía nadie...

—¡Qué de cubiertos de plata tenía el señor Golard!

Micaela se quedó silenciosa, y Amparo no siguió hablando. El reloj para los huevos pasados por agua—uno de esos despertadores de las cocinas que parecen ellos mismos pasados por agua—tenía la cara lívida del momento cocinil en el día de invierno.

—Voy a freir ya las patatas—dijo Amparo, y se levantó.

Micaela echó la cabeza sobre su brazo en forma de ángulo y se durmió. ¡Se levantaba tan temprano la pobre! Todas las mañanas llamaba a alguien; parecía enviar viajeros a la estación con puntualidad de Casa de Viajeros.

—En usted fiamos, Micaela—la decían los que querían levantarse temprano; y aun sabiendo que se levantaba tan temprano, la llamaban y la despertaban de noche para darla encargos estúpidos, para decirle cosas que se la habían olvidado.»

El novelista hizo una pausa y se asomó a la noche. Le acongojaba la desgracia de los criados, sobre todo a aquella hora en que coincidía la hora triste de su novela, con la hora triste de la realidad, en que la vida entera gravita sobre esos pobres encerrados, sobre esos pobres cautivos.

El novelista veía a las que salen un momento a la tienda, por esa especie que falta a última hora y veía en todo su dolor la pena del interesado.

Quería el novelista meter en su novela esta terrible impiedad que se

tiene con las mujeres que viven nuestra propia vida, que son como sus hijas humilladas.

Quería pintar el drama sin retiro ni pensión posible de esas vidas, su porvenir menesteroso, y como un día tienen vómitos de sangre y nadie las compadece. El cáncer roe sus estómagos por causa de tantas digestiones agriadas por la diferencia de hora, por el recado enmedio de la comida, por el mandato súbito. ¡Con qué ingratitud se las empuja al Hospital!...

No recordaba haber visto una tragedia como la de las criadas, que parecían llenar aquella casa del novelista, como si fuese la casa del pueblo de las criadas. Todas se acercaban a su mesa a hacerle alguna confidencia, a soplarle alguna habladuría al oído.

El novelista con las manos en los bolsillos miraba las luces de la libertad, las luces de las calles por las que transitan libremente y se recrudecía en él el dolor de la mujer que sirve y veía con más desengaño el drama de la servidumbre.

Eso de que ellas oigan su desahucio porque los comedores no están nunca lo suficientemente cerrados cuando hablan de ellas, eso de que siempre estén escuchando los insultos que les propinan en las salas y los gabinetes porque los señores no tienen idea de la medida de la voz, eso clama al cielo.

Quizá habría habido entre los antiguos progenitores del novelista una criada sometida a todas esas rabiosas indirectas, perseguida ensañadamente en el secreto privado de la vida, donde no se armara nunca una cuestión de compañerismo, porque es solo una sola la que sufre el mal trato.

Le había costado trabajo encauzar aquella novela ímproba, pero ya la tenía trazada. Bastaba con que su protagonista pasase por muchas casas y viese la tragedia de las otras compañeras y sufriera su propia tragedia.

La había hecho entrar en la casa caritativa, donde todo el día abre la puerta a los paniaguados de la señora, la pobre criada vapuleada, la pobre desgraciada tratada con terrible injusticia.

Había recogido esas opiniones duras con que los señores opinan que son muy brutos y consideran que, si no quieren ese trato deberían no ser criadas. Así resulta que los señores, lo que hubieran querido, es que la que sirviese y que se emporcase en la servilidad a un extraño, fuese la señorita de talento esclarecido.

Lo que pintaba con más asombro el novelista es como todas las mujeres y muchos hombres, tomaban parte en los complots contra los cria-

LA PLUMA

dos, se ponían de acuerdo para zaherirlos, se aconsejaban ensañamiento y si uno de ellos pedía protección para la pobre sirvienta, era como si se disputasen una víctima, como si se la comiesen a pedazos y los más voraces se disputaban sus muslos y contramuslos.

Merece ser maldecida la humanidad por ese ensañamiento con que trata a la criada, la víctima estrechada, acorralada, victimizada en contraste con todas las fiestas del hogar, todos sus cariños y sus aniversarios.

¡Y después esas pobres criadas sufren el contagio de todas las enfermedades del hogar de extraños y tienen que trasegar toda la miseria de la enfermedad y ayudar a salvar a la dueña chinchorrera y cruel!

El novelista se acordaba de esas noches en las casas sumidas en la sombra, cuando los parientes ya no pueden siquiera quedarse a velar al enfermo de humor maldito y la pobre criada mantiene la temperatura, y desahoga de sus agobios la vida que se corrompe en la enfermedad.

No solamente después, sino en ese momento, la pobre criada es tratada con injusticia, con recelo, ¡como si se la pagase demasiado lo que la pobre hace!

Nadie comprenderá sus derechos a la sisa, su derecho a engañar, su necesidad de disculparse un poco en falso para no ser acribillada por los improperios. Nadie se da cuenta que los únicos márgenes alegres de su vida están en lo que sise, en lo que logre escamotear, en los ratos en que se haga la perezosa. Si no, no tendría un minuto de descanso y su retribución sería tan escasa como siempre.

Esa virtud que piden a la pobre criada es algo inhumano y desnaturalizado.

Su Micaela buscaría la casa de la felicidad y de la cordura sin encontrarla. Sólo los primeros días recibiría cierto buen trato en todas las casas; pero en seguida de nuevo las sospechas, las humillaciones, los abusos, los «no hace usted nada», «nada está limpio», y otros «nada» que descomponían su esfuerzo por completo.

El novelista pensaba señalar mucho las diferencias de las casas distintas porque pasaba: casas sórdidas de la burguesía, la casa de la señora que está pidiendo todo el día agua caliente, la casa de la señora que cree siempre que la han quitado todo lo que se la pierde y hace constantemente un recuento de las cosas de los baúles y los armarios, etcétera.

Andrés había pintado ya muchos interiores de aquéllas con sus cocinas y sus comedores alegres o tristes, pues en eso estaba más que en nada la suerte de las criadas, en que la cocina y el comedor fuesen alegres y luminosos. ¡Terrible comedor aquel todo cubierto con bandejas

y platos lamentables y aquel otro con cabezas de ciervo y relojes oscuros con las cifras blancas!

El novelista había procurado dar las sensaciones del ruido de los cuchillos en el comedor silencioso, de cómo se desafiaban y se entrecruzaban cuando Micaela los cogía para colocarlos en la mesa.

Se quedó parado largo rato en la congoja de la criada, mirando las luces de rata, del barrio pobre, y viendo a una criada con una botella en brazos, pensó: «Tengo que decir que se les pide con gran desconfianza lo que dan por el casco de una botella y el mayor escándalo que la armen a Micaela será por eso».

Por huir del agobio de la criada, como si se diese suelta y asueto, apagó el gas, tomó su abrigo y su sombrero, y antes de lo convenido, salió a la calle y se fué a casa.

VI

Lo que denuncia hasta la evidencia, hasta la clarividencia, hasta la locura lo que son las visitas de cumplido, es una visita a un usurero. Es la única visita que había llegado a hacer Andrés Castilla.

El novelista no tenía más remedio que visitarlos y era de verle sentado en sus visitas, sintiendo como los chinches de los estrados le encontraban por todos los sitios y cómo se oscurecía la vida como iluminada por un candil en sus gabinetes.

No quería escogerles como personajes. Le resultaban demasiado sórdidos con sus nubes escalfadas en los ojos. Tenía que hacerles un rato de tertulia, durante el cual, las palabras brotaban con dificultad y encima se llenaba de suspiros la habitación.

«Son tan usurarios—pensaba Andrés—que lanzan por mí los suspiros».

El dinero se quedaba en la mesa del usurero un largo rato porque Andrés no quería que viesen en él los instintos de avaricia que él veía en ellos.

El novelista se quedaba rendido y negro después de las visitas a los usureros; pero siempre, a través del tiempo, necesitaba recurrir a ellos porque sus novelas no le daban lo bastante para desentramarse.

Uno de esos días de visita de cumplido, en la salita iluminada con una especie de colilla luminosa, notó que el usurero se quedaba con el pagaré después de pagarle.

—¿Y el pagaré?—preguntó Andrés.

LA PLUMA

—Ya no sirve para nada... Usted comprenderá que yo no voy a ir contra usted... Si me quedo con él, es por conservar su autógrafo...

—Es que mi autógrafo vale más que lo que usted me ha prestado—respondió con orgullo Andrés.

—Es verdad—dijo con aplomo el usurero—tanto que yo le propondría un negocio... Yo le daría doscientas pesetas por cada carta en que usted me pidiese dinero...

El novelista con tristeza, pero con decisión, aceptó el negocio. Indudablemente aquello le había dado ya buenas pesetas a su usurero, pero más valía no tener en cuenta eso, pues era un negocio original que había revelado al novelista el genio usurario de su usurero...

—Ahora mismo le puedo escribir dos o tres cartas...

—No—respondió el usurero—necesito que estén escritas en su papel usual, ese que tiene el membrete de bulto... Hay que darlas autenticidad...

—Es que me hacía falta algún dinero ahora—insistió Andrés.

—Bueno... Pues puedo darle doscientas por el pagaré, y mañana me trae doce cartas pedigüeñas... Pero que sean conmovedoras... ¿eh...?

—Descuide—dijo el novelista—, harán llorar al que las compre...

Andrés salió alegre y confiado de la visita sangrienta del usurero. Iba a explotar él mismo, con gran cinismo, ese deseo del público de coger en renuncio a sus grandes hombres, de tener en la mano la prueba de su miseria y su necesidad «¡Ah!—se dijo Andrés—si esos reyes pobres que no levantan cabeza comerciasen con sus cartas».

El novelista veía que lo que iba a hacer era una burla amarga que alguna vez se descubriría, porque, entre otras cosas, no podían estar muy esparcidas las cartas, y eso descubriría la trampa.

Se imaginaba el aire de confianza con que el usurero propondría sus cartas: «una carta del gran novelista don Andrés de Castilla pidiendo dinero...»

Aquello le molestaba un poco. Idealmente sentía deseos de intervenir, de gritar: «Mentira... Esa es una estratagema»; pero acallaba aquel grito de su dignidad, su excepticismo, y el que pensaba descubrir alguna vez en sus memorias el secreto de aquellas cartas, convirtiéndolas en sarcásticas cuando más valor fuesen a tener...

«¡Me he quedado con la posteridad!», se decía Andrés risueño, encontrando en su paseo por la noche la alegría de los focos eléctricos y de las joyerías, ante cuyos escaparates pensó que él había descubierto la piedra filosofal y el modo de fabricar el diamante, gracias a sus autógrafos de miserable.

VII

El «Barrio de doña Benita» estaba ya casi acabado. El novelista había puntualizado hasta aquellas sombras en punta que alargaban las esquinas, y eran como un adorno los días de sol en que se desenvolvía la novela y había ennoviado al sombrío Rafael con la divina hija del trapero.

Lo que más le gustaba al novelista era cómo sabía aquello a barrio de las afueras de Madrid, cómo tenía el tono sequerizo de la tierra bajo el sol formidable de agosto.

La hija del trapero resultaba al mismo tiempo una biznieta de doña Benita, y eso la daba cierto arraigo en la tierra, como si la perteneciese una ciudad, como si fuese la dueña de la tierra hasta la décima capa geológica.

Cada día resultaba más bella en el barrio prosáico, y movía sus caderas de gitana con un aire más gentil.

El padre, siempre lleno de coñac—debía tener en algún lado de su cuerpo, quizá en el ombligo, ese sello de relieve de la casa Domecq—, se dormía en las mecedoras de la antesala de la casa.

La madre, con unas batas de percal con el estampado de las colchas, se mostraba con su cuerpo de payaso, pues se transparentaba su bata y además se entreabría.

«Para esto tenemos este hotelito en el barrio de doña Benita, para esto, para estar cómodos, porque si lo tuviese en la Castellana ya sería otra cosa.»

Qué de disputas con Rafael porque se quería llevar lo mejor de la casa, aquella mujercita con tipo de mármol desembalado de la tierra, aquella morenaza con cierto bozo gracioso sobre el labio.

Estaba romantizada por aquel ambiente. La había pretendido el general retirado del barrio y hasta el cura de la parroquia, que decía tener muchas riquezas en su tierra, la había prometido ahorcarlos hábitos si ella quería casarse con él. Había sido la locura, el pensamiento del barrio desgraciado, desde que se levantaba hasta que se acostaba. Nadie había conseguido nada; sólo Rafael había podido convencerla, y por eso había un odio concentrado contra aquel extranjero.

El número ciento ochenta y nueve escribió el novelista en un rincón de la cuartilla que iba a escribir, y después fué dando forma a su pensamiento de este modo:

«Todo el barrio de Doña Benita está lleno de pequeñas torres que le dan una gran importancia... Cada torre intenta anunciar un hidalgo pobre.»

LA PLUMA

Se destacaba a lo lejos como un pueblo caído allí, como ese carro detenido en medio del camino porque se han caído un par de sus mulas.

Rafael se conmovía cada vez más ante aquel caserío al que se le habían salido las ruedas y se había quedado allí, aunque iba a otra parte, más allá, a ese terreno lo bastante lejos de Madrid, para formar un pueblo próspero. Allí iba a estar una eternidad como estaba, pues la proximidad de Madrid evitaba que fuese un pueblo autóctono, y sólo sería grande cuando el lento ensanche de Madrid por ese lado alcanzase al barrio.

Era el intento de un pueblo como formado por los ripios y cascotes que habían sido echados en aquel desmonte en el que había aún el rumor nativo de los carros trasegantes cuando se sueltan sus varas y hay ese desprendimiento de tierras que parece el de una catástrofe.

El ir a casarse con Rosario era como él sabía muy bien quedarse en aquel barrio, no levantar más cabeza, quedarse en el caserío del fracaso, volverse medio tejero medio muerto de los que son enterrados en los cementerios extraviados.

Eso sí, tenía una ventaja que equivalía a la del bienestar de la perfección en un mundo en que no podía conseguirse ese estado perfecto, y era la ventaja de que metido en el barrio de Doña Benita podría ponerse todo lo feo y lo desgachado que quisiera, y Rosario se podría estropear lo que quisiese y hasta ennegrecerse por una súbita enfermedad del cobre.

Aquel emparentamiento con traperos le suponía contagiarse de todas sus lacras, de todas aquellas sarnas con que de vez en cuando tenía que resquebrajarse su piel.

Rafael ya entraba en la casa y sonreía al ver aquel jardincito que ni era como los de la Prosperidad. Era un jardincito más corralillo que jardín, con áridas vistas alrededor.

—Una vez—decía el trapero—me encontré un dedal de oro, que conservo guardado para cuando Rosario se despose...

—Y yo—decía la traperera—encontré una pulsera, que sólo cuando se case la daré...

Rosario no tenía vergüenza de sus padres y los escuchaba extasiada. Quizás los había idealizado al sentirse tan cómoda en aquel hotel que tenía horas de una intimidad como la que pudiera disfrutar el mejor rincón del mundo.

Rafael conocía ya a muchos personajes del barrio y los había tenido allí de tertulia. Hablaban como seres de otra especie, como tipos de un planeta más basto y completamente distinto.

—Yo fui gobernador de una isla de Filipinas y podía pegar a los indígenas, y hasta a veces los mandaba matar...—Y reía aquel hombre desdentado, que olía a aceite de hígado de bacalao.

—Yo era como la reina—decía su mujer, una vieja horrible a la que se-
caba el sol de la canícula.

—Yo no hubiera ido allí... Yo no he querido perder ni un amanecer de
mi Madrid—decía el trapero.

Entre esos diálogos de las eternas visitas, Rafael preguntaba a su novia:

—Y tú me querrás mucho...

—Yo estaré siempre abrazada a tu cuello... Colgaré de ti como las enre-
daderas de la verja...

Y Rafael se quedaba un rato con los ojos entornados, disfrutando la
voluptuosidad de aquella propuesta... Iba a vender su alma a la pereza, a
la voluptuosidad, a la abyección. Iba a entregarse a lo pintoresco, como
quien se queda a vivir en una factoría lejana.

No acababa de ser de esos hombres que aman las costumbres exóticas y
se unen a una negra y se mueren de disentería encontrando encantos de des-
composición en su propia disentería. El después de todo no se iba lejos de
Madrid, y cogería el tranvía del centro algunas veces para pasearse por la
ciudad y pensar lo que podría haber sido...

Estaba resuelto Rafael a casarse con la hija del barrio de Doña Benita,
con la belleza ideal de aquella tribu perdida, no tan salvaje que no hubiese
en ella uniformes y sombreros de copa.

Lo único que le pasaba es que no acababa de comprender el alma de
aquella mujer. Su belleza la comprendía, y ya sabía él por dónde tendría
que entrarla; pero su alma no la entendía.

Muchas veces se quedaba mirando Rafael aquel color crudo y blanco de
su rostro muy enharinado, y pensaba que aquel color se lo daba su alma
poniendo un viso de imperfección sobre su perfección, un viso que sólo podía
compararse en lo desagradable al que pone la picadura de las viruetas.

—¿Qué me ocultas?—la preguntaba, por desconcertarla.

—Nada—contestaba ella secamente.

—¿Nunca te buscó el ladrón...? ¿Nadie te dió un beso...? Júramelo...

—Yo no juro nada—contestaba ella—. Y se quedaba rota la unión que
se formaba en el jardín en que había más cañas para sostener flores que
flores, estando la regadera tirada como un chiquillo que se ha caído en el
jardín de la apatía, chiquillo al que nadie levanta...»

El novelista caminaba con cautela hacia el capítulo en que descubría
la aciaga verdad, que hacía a aquella muchacha tan verdadera y tan
arrebatadora y tan mujer.

Siguió el nuevo capítulo, y comenzó:

«Aquella tarde Rafael buscó la sombra del Café de la Verdad, mientras
se despertaban de la siesta los padres de Rosario, que tenían prohibido que se

LA PLUMA

abriese la verja a nadie durante la siesta, pues habían oído el cencerro que movía la puerta al entreabrirse.

El Café de la Verdad tenía algo de sombra de catedral, de sombra de primitiva casa de baños, de sombra de ancho confesionario. En medio del sol que cubría los alrededores arcillando la tierra y dándola la ictericia de la canícula, aquel refugio ancho y oscuro al que consolaban las mesas de mármol y las tazas de porcelana, era de una exaltación refugiante admirable.

Rafael percibió los grupos de gentes con las posaderas, muy metidas en los asientos y los chalecos entreabiertos, y escuchó el ruido de las fichas del dominó, refrescantes salpiqueos que levantaban chispas de frescor en los violentos golpes como los del aldabón y el pedernal.

El Café había sido regado como un jardín, haciéndole el mozo las filigranas de la vainica que saben hacer las regaderas sabias, el gran rubriqueo en que se sienten enredosos notarios.

Rafael buscó un rincón por el que se alcanzaba a ver las rendijas de vida que se veían por las persianas de madera de las ventanas.

Poco a poco se fué trasluciendo el Café y destacándose la sala. Los espejos, tapados con los velos rosas con que se cubren las frutas en el verano —¡qué bien les sientan a los alboricoques!—eran los únicos adornos amortajados de las paredes.

Rafael esperaba allí, poniéndose refrescante bigote blanco de espuma al dar sorbos a su bock de cerveza, la rubia cerveza contra las insolaciones.

De pronto, de la mesa del fondo se levantó un muchacho y se acercó a Rafael. Era el primero que conoció Rafael en el barrio de Doña Benita y con el único con quien simpatizó desde el principio.

Se disculpó por ir a interrumpir sus pensamientos, pero quería hablar con él, «hacia tiempo que quería hablar con usted».

—¿Insiste usted en quererse casar con Rosario la del trapero?—le preguntó a boca de jarro, dándole la perdigonada tanto en la cara como en el corazón, porque fué una gran perdigonada en abanico, en embudo.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Continuará.)





LETRAS BELGAS



ACE algunos meses hablé aquí del hermoso libro de André Baillon. Quisiera hoy llamar sobre otros dos escritores, la atención de las gentes de España que se apasionen aún por el dolor y por la vida, pasión que en esta edad tanto escasea. El primero es una mujer, cuya reputación está más firmemente asentada en Francia que en Bélgica, donde la mogigatería hipócrita y el terror de la verdad son todavía instituciones de la Iglesia y del Estado: aludo a Madame Neel Doff. Del segundo, pocos conocen en Francia siquiera el nombre, y en su país, solamente algunos artistas se han percatado de la pujanza y de la sinceridad de su irónica amargura: es J. F. Elslander.

* * *

En el punto y hora en que el realismo se disolvía en anécdotas y en las variedades de la «adulteritis», Madame Neel Doff arrojó bruscamente una luz cruel y generosa sobre las fuentes verdaderas del sufrimiento y de la desesperación. Nacida en Holanda, su infancia transcurrió entre las brumas y las bellezas trágicas—la palabra no es excesiva—de Amsterdam. Al salir de la adolescencia vino a Bélgica, donde trabó conocimiento con los que suele llamarse «círculos intelectuales». Mucho tiempo estuvo sin escribir, y no acometió su obra—de una concentración y de una homogeneidad impresionantes—hasta la edad en que casi todos los literatos comienzan si no a decaer, por lo menos a carecer de fuerzas nuevas. En cuatro volúmenes se encierra hoy su producción. Dos fueron publicados antes de la guerra: *Jours de Famine et de Detresse*

y *Contes Parouches*. Los otros dos, en que el *métier* se agranda para producir novelas, después de la guerra: el año pasado *Keetye*, y recientemente *Keetye trottin*.

No empleo a la ligera, al hablar de los últimos libros de Neel Doff y del marco, más vasto, en que se desenvuelven, la palabra *métier*. En efecto, la técnica de escribir y el genio de este autor estuvieron por mucho tiempo en conflicto. No solo empleaba, como medio de expresión, el francés, lengua que aprendió ya tarde, pero tropezaba a cada paso con las dificultades de composición y de estilo que sólo pueden vencerse tras de un largo aprendizaje. Con todo, la inexperiencia con que Madame Neel Doff emprendió la carrera de escritor no ha dejado huella en un libro que pueda llamarse «de juventud».

Desde la publicación de sus primeros cuentos en *Comoedia*, que forman el volumen *Jours de Famine et de Detresse*, se hizo notar por la concisión y el equilibrio del estilo. La aspereza de los sentimientos y la angustia en que se templan, hallaron desde luego las palabras duras y sin fausto que únicamente podían traducirlos en su plenitud. Y vino a resultar que Neel Doff, satisfecha, y con razón, de ese *métier* sólido y brutal, no se entretuvo en hacer experimentos inútiles para conquistar las mil recetas y recursos de que usan, sin modestia, todos los prosadores. Siguió siendo inexperta, y como temerosa, sin falsas apariencias, sin mundana elegancia—ardiente, áspera y extraña. Ningún artista se lo reprochará nunca.

La literatura femenina, que cuenta algunas glorias genuinas, acaso no haya sido nunca más brillante que al comienzo del siglo xx. Un número imponente de escritoras de hoy tienen talento, y algunas de ellas—pienso en Madame Colette—mucho talento. Pero lo menos tres son unos genios, y el porvenir lo proclamará con más fuerza que nosotros; una escandinava, Selma Lagerlöf; una alemana, Elsa Lasker-Schüler, y una holandesa, que escribe en francés, Neel Doff.

No dispongo aquí del sitio bastante para estudiar con detalles la carrera literaria de Neel Doff y analizar sus libros, cuyo tema es único: la situación lastimosa de la mujer contemporánea. ¡Oh!, no se trata de rehabilitar la prostitución, a la manera de los rusos, ni de describir un caso más o menos interesante, al modo de Charles-Louis Philippe. La atención de Neel Doff se concentra en la adolescencia; la psicología de esa edad, la crisis física y moral que la acompaña, y ciertas servidumbres que en tal edad se inauguran para durar toda la vida, predominan en la voluntad del autor. Ni propaganda social ni relato des-

tinado a divertir; nada de lo que caracteriza, como dejo dicho, la decadencia del naturalismo. Neel Doff produjo testimonios humanos, una documentación, en el mejor sentido de la palabra. No evoca, en el marco septentrional en que pone sus libros, arrabales de Amsterdam, tugurios de Amberes, la psicología romántica y artificial ya delineada por doscientas novelas en cincuenta años; sabe hablar del amor sin salacidad, del celo sin bestialidad, del trato sin indiferencia, y se percibe su apasionado respeto por el dolor ajeno.

Keetye trottin, que acaba de publicar, es su obra maestra y uno de los libros más grandes de nuestro tiempo. En él evoca (que no describe) la tentación que precede y acompaña a la pubertad en las muchachas. Keetye aprende a vivir en la miseria de Amsterdam, con todas las tentaciones que una gran ciudad brinda a una niña, con los misterios de que la rodea y las decepciones que acompañan a sus descubrimientos, y con el afán de absoluto que la empuja hasta el borde de la locura. Este libro, sin asunto, y casi sin acción, ensancha el área de la piedad.

* * *

J. F. Elslander, por su parte, como ha luchado y padecido tanto por la emancipación de los espíritus, como sus libros doctrinales denotan una pasión tan sincera, y sus novelas una clarividencia tan irónica, es naturalmente objeto de enemistades y sospechas de todas suertes. Por desdicha, la hostilidad de unos y la indiferencia de otros han concluído, gravitando sobre él día tras día, durante más de treinta años, por suscitar en J. F. Elslander una especie de apatía o de indiferencia, ya que no de desánimo.

J. F. Elslander pertenece a ese género de revolucionarios que desprecian los ademanes románticos, las conjuraciones y los motines,—lo que consituye el vacío alarde de un movimiento. Siendo joven aún, comprendió la necesidad de conquistas más lentas, más duraderas, más pacientes y también mas decisivas, y que no podrá realizarse nada si no se libera el alma de los niños de todas las convenciones y opresiones sociales que vienen a saturarla desde la edad más tierna. Persiguió con tenacidad la conquista de la escuela, la reforma de la enseñanza, sin las que nada puede lograrse. Su trabajo discreto, su abnegación en aras de una causa demasiado bella para que fuese gloriosa, duraron veinte años. Profesor en un arrabal de Bruselas, pudo corroborar por experiencias abundantes sus teorías pedagógicas, basadas en el respeto de la individualidad y en el

desenvolvimiento libre de los espíritus. No contento con obtener cada año resultados prácticos notables, escribió un tratado sobre la *Escuela Nueva*, en dos volúmenes, muy discutido en el extranjero y traducido a varias lenguas, que le valió la simpatía y la admiración de todos los pedagogos. Elslander fué, entre otros, el inspirador y el consejero de los esfuerzos y tanteos de Francisco Ferrer en España. Se hizo sospechoso en Bélgica por su propaganda y tuvo que abandonar la enseñanza, en tanto que sus antiguos jefes organizaban, en torno de su obra, un riguroso bloqueo intelectual.

J. F. Elslander luchó de esa suerte por una especie de misticismo, y porque le sublevaba la estafa formidable de que son víctimas constantes e inocentes el cerebro y el corazón de los niños. Luchó con la pasión y el desinterés de un artista. Ya había escrito varias novelas, y una de ellas, *Pâques*, de vivo color flamenco, le valió, después de Eckoud y Lemonnier, los honores de un proceso. Libre de las preocupaciones cotidianas de la enseñanza, refugiado, merced al apoyo fraternal de un amigo, en el fondo de una vida nueva más tranquila, escribió dos libros que se leerán mucho dentro de veinte años, y parecerán entonces obras maestras en la literatura del país y en el estudio moral de su tiempo. Esas dos novelas, anteriores a la guerra, *Le Musée de M. Dieulafait* y *Parrain*, rebasan con su inteligente sátira los límites de las provincias del norte donde ocurre la acción. Costumbres provincianas, tipos de labradores ricos, entreverados por la civilización de las ciudades, pequeños burgueses de cabeza de partido ¡qué tiene que ver todo eso con el marco flamenco o brabantón! El triunfo que la crítica francesa ha dispensado recientemente a la traducción de una novela del gran novelista de lengua neerlandesa, Cyrille Buysse, *Le Bourriquet*, es sin duda merecido; pero más digno hubiera sido de las obras de J. F. Elslander. En Buysse, la anécdota sigue siendo el fin o por lo menos, el objeto principal del relato. En Elslander es solo un medio, y lo más a menudo una diversión secundaria. La ironía no es superficial, penetra, por el contrario, hasta descubrir en el alma de cada personaje los elementos de eternidad que le ligan a su clase y las deformidades profundas que simbolizan su siglo. Nadie ha manejado la sátira con tanta maestría como los ingleses; pero Elslander es un discípulo aventajado, cuya ironía no peca jamás de mezquina. No llega en sus investigaciones psicológicas al patetismo que arrebató en las de Neel Dolf; pero ningún escritor belga y poquísimos escritores franceses, han acertado a poner de relieve el carácter francés con tanta sutileza y tanta seguridad en lo cómico. J. F. Elslander sabe escojer, equilibrar y componer, sabe sacrificar lo no esen-

cial y dar a los estudios de costumbres, confusos muy a menudo, una sencillez de líneas que los engrandece.

Después de *Parrain* no ha publicado nada. Se ha puesto la máscara de una sonrisa, y oculta, bajo un filosófico cinismo, un alma ardiente, apasionada, capaz de ternura y de cólera, capaz, sobre todo, de abnegación. Ha ascendido al plano superior, magnífico, en que ya la ambición no existe, en que la alegría no es egoísta; en que el afecto no es sospechoso. Quizá sabe que el porvenir leerá sus libros con curiosidad respetuosa; quizá no lo cree. Porque es lo menos «hombre de letras» posible.

J. F. Elslander se venga de la injusticia de que fué objeto defendiendo las obras ajenas contra la incomprensión, la malicia envenenadoras; los pintores sobre todo, tienen en él un amigo leal y clarividente.

* * *

Baillon, Elslander, Neel Dolf: tales son los que, despreciados por Bélgica, honran a su generación.

PAUL COLIN





LETRAS FRANCESAS



Se han confirmado en general los pronósticos que formulé aquí acerca del premio Goncourt. Un alud de libros, aparición brusca de novelas, acoso de los jueces literarios por los autores, intrigas de toda especie, cábalas sin nombre; el mes de diciembre no ha sido más que una larga y lastimosa comedia ofrecida por los hombres de letras a la galería, que con ello se divierte.

Pero al menos, los verdaderos escritores, ¿han sacado algún provecho de esa publicidad escandalosa? No es muy seguro. Sin embargo, si algunos libros medianos han alcanzado el lauro, otros han surgido que son los verdaderos triunfadores, sobre los que hemos de llamar la atención del público. Veamos unos y otros.

Por de pronto, *Batouala*, de M. René Maran, que ha logrado el honor del premio Goncourt. Lo menos que puede decirse es que la obra es mediocre, de una hechura, un estilo y una composición gastadísimos hace mucho tiempo. ¿También la Academia de los Diez ha querido acatar la moda, dirigida al presente hacia lo negro? ¿Ha querido contribuir al encaprichamiento por el arte negro? (Sabido es que M. René Maran es un hermoso tipo de negroide.) La verdad, no se sabe. Pero el hecho de que esa asamblea de escritores haya preferido esa obra informe a una obra como *L'Epithalame*, que no es ciertamente perfecta, pero que encierra trozos excelentes, o a *La Cavalière Elsa*, que descubre tan fuerte preocupación de originalidad verdadera, es enteramente desconcertante.

¿Quiere esto decir que *Batouala* carezca de interés? No, por cierto; pero es

una especie de ensayo, sin profundidad, sobre el alma de los negros del África ecuatorial, una serie de escenas colegidas del natural, sin enlace aparente, y que no tienen ni el mérito de la novedad ni el de la frescura. M. René Maran no ha buceado profundamente en los corazones que pretendía explorar; nos da la impresión de lo superficial, casi de lo artificial. Ninguna emoción espontánea, ningún grito brota verdaderamente del ser. Una especie de trabajo metódico, ejecutado fríamente por un obrero bastante hábil que conoce bien el tajo y sabe sacar un objeto curioso. El tal *Batouala* es una cosilla de poco más o menos, casi nada.

¿He dicho que *Epithalame*, de M. Jacques Chardonne, sea una obra sin defectos? Es demasiado larga, mal compuesta, llena de obscuridades y de «huecos»; pero desbordante de savia, escrita en una lengua muy curiosa, con un método muy particular y que descubre una originalidad innegable. Libro de realista, pero de un realismo sin sequedad, nutrido de jugos, que más de una vez hace pensar en la manera de *L'Education sentimentale* y de *Dominique*. Es la historia de una pareja, parecida a tantas otras, que poco a poco se desune, cuyo amor se deshace día tras día, empujado por las circunstancias, envenenado por mil cosas, inofensivas en sí, pero que, en conjunto, constituyen un disolvente enérgico. Notación minuciosa de cien cosillas superficiales, de mil sensaciones menudas, en que triunfa el arte de M. Jacques Chardonne. Es libro que debe leerse y que hará época.

La Cavalière Elsa, de M. Pierre Mac Orlan, denota las mismas cualidades que ya conocíamos en el autor de *L'Etoile Matutine*, imaginación brillante, afición a las aventuras, aguda percepción de lo humano. En el fondo, cuando M. Pierre Mac Orlan escribe, e incluso cuando se trata de una historia tenebrosa, siempre habla un humorista. Esta vez se trata de una verdadera epopeya, la epopeya del ejército bolchevique, que el novelista se imagina atravesando Europa en son de conquista, mandado por un marimacho, la *cavalière* Elsa, caricatura de Juana de Arco. Ya se adivina lo que la fantasía de Mac Orlan puede sacar de esa premisa. El libro es movido, pintoresco, divertido casi siempre.

En *Le chateau sous les roses*, de M. Pierre Villetard, tropezamos con un talento muy diferente. M. Pierre Villetard procede de René de Boylesve; su novela última es una nueva prueba de su filiación literaria: Delicadeza en el análisis, profundidad de la emoción. Los personajes de esas obras sutiles son seres raros, pero no demasiado excepcionales. Son, por lo general, mujeres

jóvenes, o muchachas, o niños, seres muy cercanos a la naturaleza, en los que vibra el instinto sobre todo. M. Pierre Villetard es excelente en las impresiones de frescura, de pureza, de gracia sensible y lilial. Como en su *Maison des sourires*, el medio obra poderosamente sobre esas individualidades un poco blandas, las transforma, las conduce al objeto de su destino: en *Le château sous les roses*, los esplendores de la naturaleza mediterránea favorecen la revelación mutua de dos corazones que se buscaban.

Pero la conclusión de tal literatura no es optimista. Como en la obra de René Boylesve, la mayor parte de esas almas generosas sucumben bajo el peso de sus emociones. Sensibles en demasía, padecen mil muertes, o bien una falsa piedad o un remordimiento exagerado las roe. Los escrúpulos, como una enfermedad, acaban con ellas. Son historias bonitas que concluyen muy mal...

Las que nos cuenta M. Eugène Montfort son de un arte mucho más realista y directo. Tres novelas cortas reunidas bajo el título de *Brelan marin*, todas tres sabrosas en extremo. Se ha dicho que por la concentración, hacen pensar en el Mérimée de la *Venus d'Ille*, y el dicho es bastante exacto. En cada una de esas breves historias, M. Eugène Montfort nos pinta el natural con rasgos escuetos, dejándonos adivinar, detrás de esa fachada, todo un mundo misterioso y desconocido. Una de esas historias ocurre en Palermo, otra en Barcelona, la última en Guernesey. Son muy adecuadas, por decirlo así, al medio que las rodea, y concentran en sí el sabor de esas tierras. Son tres altos pintorescos de un viajero infatigable que es, al propio tiempo, uno de los mejores novelistas de hoy.

Al terminar esta rápida revista de las novelas buenas publicadas el mes pasado en Francia, me queda por señalar dos libros que deben a la actualidad parte de su interés. El uno se titula *La Comédie Française*, escrito por madame Dussane, una de las asociadas jóvenes de la Casa de Molière. Como ahora se celebra el tri-centenario del nacimiento del autor del *Misanthrope*, la Comedia Francesa atrae la curiosidad del día, y puede hojearse útilmente la obra de Mme. Dussane. Es una de las más concienzudas e interesantes consagradas a la compañía del ilustre Teatro, a los intérpretes, a los autores y al aparato escénico. Mme. Dussane repasa la historia entera de la Comedia Francesa, desde Molière hasta nuestros días, con erudición sólida y ligera a la vez, que le honra.

El otro libro es una reedición de la *Vie de Pasteur*, de M. René Valléry-Radot. Sabido es que este año se celebrará en Francia el centenario del naci-

miento de Pasteur. Cuantos sienten admiración por el gran sabio leerán con provecho esa historia de su vida, escrita con sencillez y conciencia. Un hombre como Pasteur no pertenece a una nación por modo exclusivo: su genio le eleva al rango de los seres humanos superiores.

Abandonemos esas alturas y volvamos a enfangarnos en el teatro contemporáneo. Entre las muchas obras que han aparecido en estos tiempos últimos, hay dos que ofrecen igual interés; ocurren, sobre poco más o menos, en la misma esfera, pero están escritas de modo muy diferente. Una es *La Possession*, de M. Henry Bataille. Otra es *Cherie*, sacada por Madame Colette de su novela de igual título, en colaboración con M. Léopold Marchand.

La nueva obra del autor de *La Vierge folle* no ha tenido lo que se llama buena Prensa. Le han reprochado a M. Henry Bataille su realismo, su audacia, el subido color de su pintura y el atrevimiento de sus ideas. Tales reproches—merecidos en su mayor parte—no nos hacen mella, y más rigurosa cuenta le pediríamos al autor por haber trazado una silueta mudable y borrosa de la heroína, que por haber pintado con tanta crudeza el medio en que vive.

Tratándose, como se trata, del mundo de la galantería, preciso es confesar que era difícil trazar un cuadro verídico que fuese al propio tiempo inocentón. Así es que, cuando vemos a una mujer vender a su propia hija como un comerciante podría vender una mercancía de lujo, sólo a medias nos asombramos teniendo presente que esa mujer fué en sus tiempos *demi-mondaine*. Esto no lo ha hecho notar la crítica, y es indispensable decirlo si queremos comprender bien la atmósfera en que el autor ha colocado a sus personajes.

Por el contrario, es, más que molesto, irritante ver cómo el carácter de la heroína cambia bruscamente de un acto a otro, sin que nada venga a preparar una evolución de esa especie. Presentada en el acto primero como una mujer codiciosa de dinero, aparece en el segundo sentimental y sensual, sacrificando a la pasión su porvenir entero. Cambios bruscos de humor que muestran hasta qué punto la psicología de esa mujer está mal definida. No podemos entrar aquí en más detalles; nos limitamos a hacer constar la insuficiencia de un análisis tan rudimentario. Evidentemente, *La Possession* no quedará como una de las obras mejores de Henry Bataille.

LA PLUMA

Sin tantas pretensiones, los tres actos de Colette y de Léopold Marchand han tenido mejor éxito. La novela de Colette es una de las más deliciosas que ha escrito. Hay en ella la amoralidad, el don de la vida, la percepción de lo pintoresco que hacen de esta mujer de letras extraordinaria uno de los primeros escritores de su tiempo.

Trasladada a la escena, la obra novelesca no ha perdido originalidad como pudo temerse. Ese mundo de superior galantería sigue siendo asombroso y los colores con que lo pinta igualmente vivos, y los personajes siguen moviéndose por la misma inconsciencia de animales jóvenes sueltos por el vasto mundo. Es un estudio de costumbres extravagante y veraz, que gana en relieve a la luz de las candilejas, obra de un escritor verdadero por lo que me place mencionarlo aquí.

La comedia francesa sólo ha acertado a medias con *Aimer*, obra nueva de Paul Gerald, estudio de psicología muy fino, pero demasiado largo y de anticuada hechura. Es una de las innumerables obras que han salido del teatro de Georges de Porto-Riche, en que el drama interior adquiere un desarrollo en verdad exagerado. Consignemos, de todos modos, que la obra, literariamente, es buena y que ha encontrado un marco propio en la Casa de Molière.

JULES BERTAUT





LIBROS Y REVISTAS

Luis y Agustín Millares.—*Compañerito*.—Ediciones de LA PLUMA.

La confusión de géneros a que propende la literatura moderna es uno de los mayores males de que adolece; y su último resultado, la superproducción—valga el barbarismo cinematográfico—de caóticas elucubraciones con que solicitan las dotes adivinatorias del lector ciertos escritores cuya vaga aspiración a la expresión babélica universal se manifiesta en híbridos ensayos, predominantemente líricos por lo general, sin sujeción a ninguna de cuantas normas preceptivas pueden deducirse de los modelos clásicos de todos los tiempos. No es este el caso de los hermanos Millares. Pero bueno es hacer la salvedad y fijar de antemano los términos de nuestra apreciación, ya que su labor literaria, en que son excelentes las dos obras que componen este volumen, tiende a fundir los elementos propios de la narración y del teatro en el cuento dramático, realizado de una manera cabal en *Compañerito* y *La ley de Dios*.

No se trata de uno de tantos intentos del llamado *teatro para leer*, en que la forma dramática se reduce a la adopción de la tipografía más adecuada al diálogo, con lo cual disimula el autor su monólogo ante el mundo exterior, cuya proyección impersonal se le resiste. El cuento dramático de los Millares participa del cuento y del drama sin detrimento de su composición, es decir, sin que se advierta la soldadura que suele menoscabar el interés de toda novela transplantada al teatro, ni menos la hinchazón exegética con que se pretende, a veces, añadir virtud literaria a las obras teatrales al editarlas para su lectura. El mayor precio de estos cuentos dramáticos es la evidencia con que la intención del autor se muestra consustancial con la forma empleada. Evidencia pareja de la que constituye la fuerza, la importancia trascendente de un Maupassant.

He aquí un nombre que ha de recordar, sin duda, en íntimo elogio de los Millares, quien lea *Compañerito* y *La ley de Dios*. Comparación que, por otra parte, podemos hacer hoy, libres de las preocupaciones circunstanciales anejas al naturalismo en sus tiempos de *cuestión palpitante*. Maupassant, Galdós, conciliados en un sentido personalísimo de la realidad artística, pueden servir de punto de partida al crítico que quiera situar lógicamente la produc-

LA PLUMA

ción de estos escritores canarios. Para quienes la patria nativa no es simple pretexto de escenarios y tipos pintorescos, sino como en el caso de un Salvatore Di Giacomo en Nápoles, *el fondo* necesario a las figuras por ellos animadas de sentimientos universales, sí, pero con carácter propio, por el que adquieren una personalidad dramática inconfundible.

* * *

Luis Araquistain.—*Las columnas de Hércules.*—Farsa novelesca.—Mundo Latino, Madrid.

La actividad literaria de Araquistain empieza ya, por superabundancia, a exceder de los límites del periodismo. El polemista político buscaba en los apólogos y breves alegorías que realzan la intención de algunas crónicas suyas, el escape literario que para su expansión necesitaba, fuera del cauce de los acontecimientos que obligan al periodista a moverse en el plano estricto de la actualidad. *Las columnas de Hércules* no es, con todo, una obra distinta por su género de los artículos con que su autor ha conquistado día tras día la adhesión de sus muchos lectores; antes bien, nos parece la culminación natural de su producción anterior, el punto de transición del periodismo a la literatura.

No ha forzado Araquistain su manera característica al componer esta farsa novelesca. El subtítulo de *Las columnas de Hércules* es lo suficientemente expresivo y justo para que nadie se llame a engaño. Ciertamente que dentro de la novela, como tal clasificación, puede moverse el escritor con gran holgura; pero el tipo genérico de novela, determinado por las obras maestras del pasado siglo, impone, sin duda, ciertas reglas, en obediencia a las cuales el novelista, creador de la ficción en que sus héroes actúan, elude aparentemente toda responsabilidad en los movimientos de los personajes dotados por él de conciencia humana y, por lo tanto, libre. Así, pues, al anunciar su novela como una farsa, Araquistain no prescinde, no, del espejo stendhaliano en que reflejar la vida, pero se vale de un espejo curvo, que deforma las figuras, violentando cómicamente sus rasgos esenciales.

Prueba de lo consciente del procedimiento, es el capítulo central de la farsa, en que se hace una revisión fundamental de los valores literarios españoles contemporáneos. Nos parezca acertada o no la consecuencia deducida en cada caso particular—completamente de nuestro gusto en lo que a Unamuno, a Baroja, a Azorín se refiere, y no tanto en los juicios relativos a Galdós y a Pérez de Ayala—, es evidente que la piedra de toque de un novelista está en su capacidad de objetivación, de sereno desapasionamiento, de justificación por igual de sus propios personajes, sin que pueda prejuzgarlos al darles vida. Araquistain sabe lo que quiere hacer, y *Las columnas de Hércules* no es una novela, sino farsa alegórica—pintada al fresco, más que escrita—, en que la fundación de un gran diario, trasunto paródico en el ambiente picaresco de Madrid

de la Prensa industrial extranjera, le sirve de pretexto para una disertación humorística coronada por una risa estentórea, sana, purgativa de tanta miseria y bajeza.

No es una novela, aunque el lector la lea de punta a cabo como tal, y hasta llegue en el capítulo más propiamente novelesco a interesarse por el destino amoroso de Hipólita y Escudero, graciosísima encarnación del amor, el interés y sus derivaciones psicológicas ultramodernas, y menos, una novela de clave. Fácilmente puede sustituirse con otros conocidísimos, algunos nombres de políticos y periodistas. No obstante, la generalización conseguida sin esfuerzo por el autor, puede dar pábulo a que, según las preferencias de cada cual, se atribuyan determinados retratos a uno u otro tipo, sin que pierda por ello realidad la pintura. Lo que le añade mérito artístico.

* * *

Enrique Díez-Canedo.— *Conversaciones literarias (1915-1920)*. — Editorial-América.

El principal interés de estas crónicas de Díez-Canedo está en el sanísimo propósito, excelentemente logrado, de suponer en quien las lea un interlocutor amigo, al cual, dándole por enterado de muchas cosas que ignora, instruye por modo claro y sucinto de cuanto le conviene saber en orden a las opiniones literarias que circulan como moneda corriente, no siempre de ley.

Esta literatura de literatura procura un solaz que no todo el mundo comprende. Requiere para ello una afición a las buenas letras, ajena al menor utilitarismo. En ocasiones semejante afición prueba mejor que el ejercicio de cualquier actividad literaria profesional, la verdadera vocación artística. Stendhal presumía de *dilettante*. Díez-Canedo, literato de profesión, pone en sus *reportajes* literarios su pasión de poeta. Cosa que no consiste, como todavía puede haber vulgo que lo crea, en vivir en las nubes, sino en hallar luego la justificación espiritual de cuanto el mundo material ofrece.

Nada más lejos, sin embargo, de la intención de nuestro amigo que el expresar sus juicios de una manera apasionada. La serenidad, la mesura, la corrección presiden sus apreciaciones y juicios sobre sus semejantes los literatos. Hasta tal punto procura esa ecuanimidad, que incluso cuando elogia parece atenuar su entusiasmo con implícita disculpa de la propia predilección.

Amenos siempre y asequibles al lector de tipo medio, estos artículos, inspirados por la ocasión periodística, adquieren, reunidos en volumen, una cualidad superior al descubrirsenos por entero la unidad de pensamiento que los encadena. Y nuestra complacencia se reparte entre la admiración al mentor y el agradecimiento por el digno recato con que evita el tono doctrinal, caro a los santones de la crítica.

Educado en la buena escuela francesa de escribir bien a vuela pluma de lo que se sabe profundamente, felicísimo expositor, ya que no descubridor, de

nuevos mundos—¿qué hay nuevo bajo el sol?—, sugiere Díez-Canedo en sus *Conversaciones literarias* problemas fundamentales, latentes a veces en cuestiones sin trascendencia a primera vista. Todo ello como de pasada, sin hacer demasiado hincapié, sin insistir en sus sencillas razones. Su indulgencia excesiva, su capacidad de comprensión para las cosas más dispares, acaso lleven al ánimo del lector cierto excepticismo nihilista. Quizás nos dejan insatisfechos en alguna ocasión la circunspección y el comedimiento con que gana nuestra voluntad; quisiéramos verle asestar una estocada donde señala un simple botonazo. Mas ¿quién nos dice que la mayor intensidad de nuestra emoción no fuera a costa del arte mismo? El Arte, simulacro ejemplar, purifica e idealiza el duelo a muerte en el asalto de armas incruento.

* * *

Alberto Insúa.—*Un corazón burlado.*—Novela.—Renacimiento, Madrid

En la lista, copiosa ya, de las novelas de Alberto Insúa, *Un corazón burlado* cumple la evolución iniciada en su propósito de novelista desde la publicación de *El Peligro* a la fecha. La evolución del autor de *La mujer fácil* se manifiesta patente incluso en el título de uno de sus últimos libros, *De un mundo a otro*. Insúa, parisiense de elección, ha experimentado un cambio decisivo en su manera literaria, influído por el espectáculo de la guerra en Francia. El cambio profundo que ha visto en la vida francesa se nos antoja pura refracción del propio sentir más que reflejo de la realidad. Es lo cierto que si no en el estilo—y aún ahora échase de ver un prurito de sencillez que antes no se advertía tan palmario—en la elección de temas y en el empeño de disimular la pasión erótica en que cifraba el principal atractivo de sus heroínas, se propone la conquista del mercado literario de muy otra manera que antaño.

No es Insúa un escritor independiente. Busca decididamente el lector—y a lectora. Actitud, no ya disculpable, sino legítima, sobre todo en el novelista cuya producción, a menos de adolecer de exceso de lirismo, necesita la colaboración del público—. Lo cual no implica tampoco un sometimiento incondicional ni una abdicación de la personalidad.

La Carmenchu de *Un corazón burlado* es de carne y hueso. ¿Que su historia puede parecernos trivial? En ella verán la propia tantas desengañadas, que su adhesión ha de resarcir con creces al novelista de todos nuestros reparos.

* * *

M. Gutiérrez Nájera.—*Sus mejores poesías.*—Editorial América.

Blanco Fombona, editor y prologuista de esta selección de la obra poética de Gutiérrez Nájera, define breve y substancialmente la categoría literaria del lírico mejicano, en el rango que le corresponde de *último romántico* y precur-

sor *modernista*. Popularísimo en toda la América española, donde es poeta favorito de las mujeres, sin duda por los versos en que más se deja llevar de sentimientos fáciles al oído, es casi desconocido en España. Apenas si su nombre ha trascendido del grupo de profesionales más enterados del movimiento literario hispano-americano. Muerto en 1895, aun no cumplidos los treinta y seis años, su influencia en la nueva poética de que fué portavoz eminente Rubén Darío, es decisiva.

Pero el valor de sus poesías para el público español que tan tarde las recibe, es independiente de esa consideración histórica. Podrán haber perdido interés ajeno a toda crítica retrospectiva, los intentos y alardes que en su tiempo constituyeron lo más llamativo de su obra; intentos y alardes cuya novedad, llevada a términos de perfección por sus continuadores preclaros y convertida más tarde en lugar común, no puede sorprendernos hoy como a los lectores de hace veinticinco años. Mas subsiste, y es lo que nos importa, el poeta que temple serenamente su ánimo en la expresión armoniosa, clara, clásica, en fin, de las «Odas breves» en las cuales el ímpetu sentimental de las elegías románticas, la gracia pimpante del figurín banvillesco, se funden en una melancolía *humanista*, resistente a las modas pasajeras:

«¡Deja por fin la solitaria playa,
y coronado de fragantes flores
descansa en la barquilla de las diosas!
¿Qué importa lo fugaz de los amores?
¡También expiran jóvenes las rosas!»

.....
»¿Quién a tu voz resiste si encadenas
con vínculos de amor el albedrío?
¡Ulises para oír a las sirenas
atábase en el mástil del navío!»

C. R. C.

* * *

España.—Como deseábamos, este semanario, tras unos meses de descanso, reanuda su publicación y vuelve, con nuevos bríos, a ser lo que fué. Es de esperar que el público sostenga sin desmayo el esfuerzo, tan noble, de nuestros compañeros de *España*, que hartos lo merecen.

* * *

Libros recibidos.—Luis de la Jara: *Espigas*; Madrid, 1921.—José Más: *Narraciones misteriosas*; Madrid, Ed. Galatea.—M.^a Teresa Borragán: *Los dioses fu-*

LA PLUMA

turos; Madrid, 1921.—Cándido Ruimar: *España colonizadora*; Madrid, 1921.—Salof: *Cocodrilos y ruisseños*; Madrid, Editorial América.—Fugimoto: *En el país de las geichas*; Madrid, Editorial América.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías*; Madrid, Editorial América.—Juan Marqués: *Don Bartolomé Gallardo, noticia de su vida y escritos*; Madrid, 1921.—Arturo Torres: *En el encantamiento*; Ediciones Sarmiento, San José de C. R., 1921.—José Olivares: *Poesías*; García Monge y C.^a, San José de C. R., 1921.—C. Picado: *Pasteur y Metchnikoff*.—Luis López de Mesa: *Orientación ideológica*; Biblioteca del Repertorio Americano, García Monge, Ed.; San José de C. R., 1921.—Miguel de Unamuno: *Sensaciones de Bilbao*; Biblioteca Hermes, Bilbao, 1922.—Roberto Brenes Meseu: *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad*; Biblioteca del Repertorio Americano, García Monge, ed.; San José de C. R., 1921.—E. Montfort: *Brelan Marin*; Bibliothèque des Marges, París, MCMXXII.—Louis Leon Martin: *Tuvache, ou la tragedie pastorale*; París, Grasset, 1921.

Revistas. — *Mercure de France*, París. — *Le Progrés Civique*, París. — *La Connaissance*, París.—*La Revue de l'Époque*, París.—*Vida Nuestra*, Buenos Aires.—*Athenaeum*, Zaragoza.—*Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.—*Le Crapouillot*, París.—*Belles Lettres*, París.—*Cultura Venezolana*, Caracas.—*Die Aktion*, Berlín.—*Pegaso*, Montevideo.—*Cuba Contemporánea*, La Habana.—*Babel*, Buenos Aires.—*Poesía ed Arte*, Ferrara.—*España y América*, Cádiz.—*Hermes*, Bilbao.—*L'Art Libre*, Bruselas.—*Ça Ira*, Amberes.—*La Ronda*, Roma.—*La Nouvelle Revue française*, París.—*Índice*, Madrid.—*Cosmópolis*, Madrid.—*The Living Age*, Boston.

